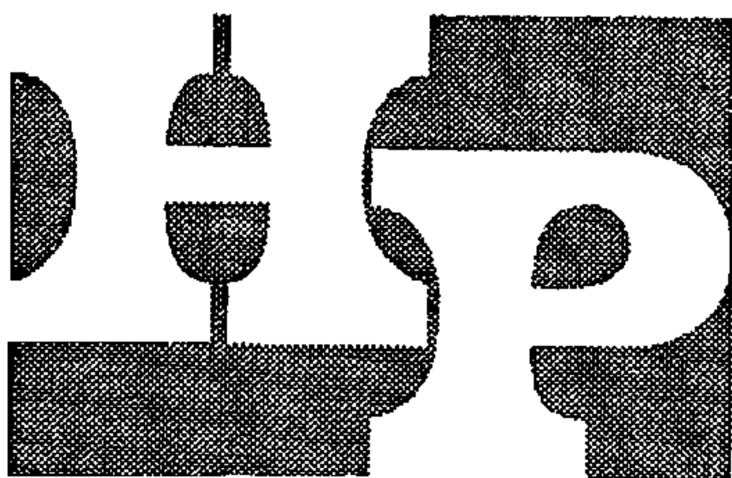


Silver Kane

EL PERRO AULLADOR





Héroes de la PRADERA

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
1.244. — Una noche con la muerte.

En Colección SERVICIO SECRETO:
1.113. — El hombre de Cocody.

En Colección SALVAJE TEXAS:
738. — Infierno: capital Dodge City.

En Colección KANSAS:
666. — Un buitre llamado Cox.

En Colección BÚFALO:
944. — El señor «Colt».

En Colección ASES DEL OESTE:
502. — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección BRAVO OESTE:
515. — La casa del eterno olvido.

En Colección COLORADO:
637. — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:
751. — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:
493. — La muerte llegó del cielo.

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:
99. — Plomo para mí amada.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:
49. — El hombre que vendía muertos.



Silver Kane

ELPERRO AULLADOR

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 101
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 40.634 - 1971

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: diciembre, 1971

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Tenían el sol de espalda y por eso sus sombras se recortaban tan nítidamente en el polvo de la calle. Como en un dibujo se veían sus piernas entreabiertas, sus sombreros un poco echados hacia atrás, el brillo mate de sus revólveres.

Tres tipos con aspecto de pistoleros, con las fundas bajas y los brazos arqueados a lo largo del cuerpo.

Kent los miró.

Él no tenía el sol de espaldas, sino de cara, y por eso tenía que bizquear un poco para mirarlos. Veía bien sus siluetas, pero no las expresiones de sus rostros, y por eso era incapaz de distinguir esa levísima contracción de todos los músculos que se produce cuando un hombre va a «sacar», jugándose en un segundo la vida a cara o cruz.

Era una desventaja casi decisiva.

Kent sabía que un desafío siempre tiene más probabilidades de perderlo aquél a quien el sol da en la cara, porque distingue peor a sus enemigos. Lo malo era que los tres pistoleros sabían eso también, y por ello le habían cazado en la situación más comprometida.

Uno de ellos, el del centro, preguntó en voz alta, pues estaban a unos veinte pasos:

—Eres Latimer, ¿no?

—Exacto. Soy Latimer.

—Piensa bien lo que dices. Sabes que ese nombre significa una condena a muerte.

—De nada me serviría mentir —dijo Kent—, porque me tendríais de todos modos para confirmar mis palabras. De modo que mejor es que lo diga ahora: soy Latimer.

—Entonces te damos una oportunidad para rendirte. Kent se encogió de hombros.

—¿Y de qué me iba a servir? Igualmente sería colgado, ¿no?

—¿Prefieres luchar?

—Al menos así tengo una posibilidad de seguir vivo.

—Sabes perfectamente que no podrás vencer a tres hombres.

—Y sé perfectamente que no pienso dejarme colgar, de modo que todas estas palabras no significan más que una pérdida de tiempo.

Notó perfectamente, a pesar del sol en los ojos, que el brazo derecho de sus tres enemigos se arqueaba un poco más.

Pero el que estaba en el centro aún hizo un último esfuerzo para evitar el desafío.

—¿Te atreverás a disparar contra tres ciudadanos honrados? ¿Sabes que eso agravará aún más tu situación incluso en el caso de que venzas?

Kent rió secamente, pero con un cierto deje de tristeza.

—Supongo que sois ciudadanos honrados —dijo en voz alta—, pero en este caso os comportáis como unos simples mercaderes. Habéis visto que ofrecen cinco mil dólares por mí piel, vivo o muerto, y la cifra os tienta. Seguro que, si no ofrecieran nada, vosotros me dejaríais pasar tranquilamente. La ley os importa un comino; no es eso lo que os mueve, sino el pensamiento de los cinco mil machacantes que os vais a repartir. Pero yo también voy a daros una oportunidad.

Calló un momento. El que estaba a la izquierda preguntó burlonamente:

—¿Tú…?

—Sí, yo. No he cometido ningún delito en este condado, de modo que podéis dejarme pasar con la conciencia bastante tranquila. Tampoco pienso quedarme aquí ni una hora más, y por tanto no os crearé problemas. Dejadme en paz y no correrá la sangre.

El del centro mascculló:

—Te hemos atrapado y ya no te dejaremos escapar, cochino.

Kent se dio cuenta de que el desafío era inevitable. Inclinó un poco el cuerpo hacia adelante.

Como un chispazo, con esa rapidez de pensamiento que sólo

pueden tener los pistoleros profesionales, Kent hizo un velocísimo resumen de la situación en que se hallaba.

Estaban al final de una calle, ya prácticamente en las afueras de la ciudad. A sus costados no había más que almacenes y graneros, de modo que no era fácil que desde aquellos edificios sin ventanas le disparase alguien a traición. Podían tirotearle por la espalda, desde luego, pero lo más probable era que nadie se atreviese por el momento. Él pertenecía a los tres tipos que lo iban a «cazar», y ya se sabe que entre cazadores no es lícito disputarse una pieza.

Por tanto, tenía que librarse de ellos. Si lo conseguía, era probable que consiguiese salir del poblado sin nuevos inconvenientes.

Pero ellos eran tres. Y nunca Kent se había enfrentado a la vez con tres hombres.

¿Podría ahora?

Bueno, hay momentos en que uno no puede elegir. Es necesario actuar y salga lo que salga.

Kent aulló:

—¡Sacad!

Los tres enemigos ya lo habían hecho.

El del centro fue el más rápido y el que más decisión tuvo en el momento supremo. Por tanto, fue para él la primera bala. Kent había comprendido que no podía estarse quieto porque eso era tanto como suicidarse. Y en el momento en que gritó: «¡Sacad!» dio tres saltos consecutivos hacia la derecha apretando el gatillo cada vez que ponía pie en tierra. Luego se dejó caer completamente, dando dos vueltas sobre sí mismo.

Una de las balas, disparadas precisamente por el hombre que estaba en el centro, picoteó su brazo izquierdo, pero eso fue todo.

Después de la rápida zarabanda de disparos, que apenas había durado cuatro segundos, un silencio ominoso, pesado, mortal, flotó sobre la calle.

Kent alzó el rostro, una de cuyas mejillas estaba cubierta de polvo al haberla empotrado en tierra después del último salto.

Vio a sus tres enemigos. Los tres estaban quietos, rígidos, casi en la misma postura. Habían cometido el error de quedarse clavados como postes y de distanciarse poco, confiando en la ventaja que les daba el número. Por eso los tres disparos de Kent habían sido

decisivos, sin tener apenas necesidad de girar el revólver.

De un salto se puso en pie.

Corrió hacia los tres caídos, para cerciorarse de su muerte. Pero no tuvo ni siquiera necesidad de llegar a ellos para convencerse. Las tres balas estaban clavadas casi en el mismo sitio, en la zona del corazón. Los pistoleros no habían sido demasiado hábiles, puesto que sólo encogiéndose o lanzándose a tierra ya hubieran evitado el único balazo que Kent tenía tiempo de dedicarles.

Fue entonces cuando Kent Latimer pensó que no habían sido pistoleros profesionales, sino simplemente hombres que habían querido ganarse cinco mil dólares cazando sin demasiado trabajo a un fugitivo de presidio.

Kent los miró superficialmente.

No había nada en sus caras ni en sus ropas que llamara especialmente la atención. Eran tres tipos jóvenes como tantos y tantos de los que cabalgaban por las llanuras de Texas.

Entonces Kent respiró.

Tenía el camino libre.

Fue a dirigirse a uno de los porches y de repente todo su cuerpo sufrió una violenta contracción, casi una sacudida eléctrica. El sol le había permitido distinguir apenas aquella sombra levantándose sobre el tejado de uno de los edificios de la izquierda.

Kent Latimer dio una auténtica vuelta de campana en el aire, mientras la bala de rifle le arrancaba materialmente el sombrero de la cabeza. El joven quedó cara al cielo, junto a uno de los cadáveres, con el revólver engarfiado. Vio en el tejado al tipo del rifle que se disponía a tirar otra vez.

Kent apretó el gatillo. Lo apretó en dos ocasiones en menos de un segundo.

Oyó un aullido ululante que pareció llenar la calle, y el hombre del tejado, dando una extraña voltereta, cayó hacia el polvo. Allí quedó aplastado, hecho un ovillo, mientras de su boca se escapaba un hilo de sangre.

Éste había querido ganarse los cinco mil dólares él solito y sin arriesgar nada. Pero no hay juego que no tenga su problema. Se puede ganar o perder, y aquel fulano había perdido.

Kent corrió hacia el porche más cercano, por si había otros tipos apostados en los tejados, pero ni una hoja se movió en la silenciosa

calle del pueblo. En el caso de que hubiera alguien más apostado, no se atrevió a probar fortuna.

Kent respiró fuertemente otra vez.

Se sentía cansado, casi sin fuelle, como si acabase de hacer una larga carrera bajo el sol. En realidad, a todos los pistoleros les pasaba lo mismo, porque contenían la respiración antes de cada desafío, y eso les fatigaba. Pero Kent Latimer lo notaba más aún a causa del aire quemante y seco.

Lanzó un silbido para llamar a su caballo.

El noble animal, al que Kent había dado suelta al enfrentarse a los tres enemigos, volvió desde la cercana pradera, donde remoloneaba inquieto, oliendo la pólvora.

Kent lo montó de un salto y lo espoleó para salir a toda prisa de aquella ciudad donde dejaba tan malos recuerdos.

Claro que no era ésta la única ciudad donde tal cosa había ocurrido.

No, desde luego.

Porque Latimer tenía una brillante historia.

Al pasar, vio de soslayo un pasquín situado en la última casa del pueblo. Era un pasquín que se refería a él, naturalmente.

El pasquín decía:

«5000 DÓLARES DE RECOMPENSA PARA
QUIEN PRESENTE VIVO O MUERTO A
KENT LATIMER,
FUGITIVO DE PRESIDIO Y CONDENADO
A MUERTE
POR EL DELITO DE VIOLACIÓN».

CAPÍTULO II

El rancho estaba aislado en la llanura. Era apenas un puntito de luz en el fondo del valle, entre las suaves colinas.

Constaba de un solo edificio.

Debía ser un rancho pobre, como tantos y tantos de los que se habían fundado en Texas y, por una causa u otra, no lograban prosperar. ¿Acaso por las *razzias* de los bandidos? ¿Acaso por falta de mano de obra?

Kent, desde lo alto de la colina, lo contempló.

Llevaba dos días galopando casi sin cesar, evitando los lugares habitados y sin haber pegado un ojo por miedo a ser sorprendido. Pues sospechaba, con bastante fundamento, que los vecinos de la última población donde dejó cuatro muertos, habrían reaccionado al fin y organizado una tropa bien armada para cazarle.

Hasta ahora no lo habían conseguido. Kent seguía libre y sin atisbos de perseguidores por ningún lado del horizonte.

Pero aquella situación no podía continuar. Estaba reventado.

Después de dos días de no probar bocado y de no moverse prácticamente de la silla, apenas era capaz de sostenerse. Le fallaban las rodillas, se le nublaba la vista y cada vez que descendía una pendiente, tenía la sensación de ir a caer del caballo. En cuanto a éste, tropezaba ya con todas las piedras, señal evidente de que iba a caer desplomado en cualquier instante.

Kent respiró con alivio, por tanto, al ver la lucecita.

Allí estaba su salvación.

Tocó suavemente los ijares del caballo y éste emprendió el descenso con más rapidez de la esperada. Parecía haber olido la paja fresca y el suave calorcillo de la cuadra. Pero Kent sabía que el caballo iba a llevarse un desengaño, si es que los caballos son

capaces de esas cosas. Porque no podrían quedarse a pasar la noche allí, exponiéndose a ser reconocido. Su plan consistía en robar un poco de comida y alejarse lo antes posible, para pasar la noche en uno de los bosques que se divisaban en el horizonte, hacia la derecha, confundiéndose casi con la bruma del atardecer.

Kent dio un rodeo, fingiendo que se alejaba del rancho, por si había sido visto.

Pero cuando los altos arbustos que había al fondo de la colina lo ocultaron por completo, descendió del caballo y esperó a que anocheciese del todo. Luego, seguro de no llamar la atención, dejó que su caballo pastase y él se acercó al rancho a pie, sigilosamente.

No se oía un sonido. Ni siquiera el murmullo del viento en la llanura. Todo estaba extrañamente quieto.

Por lo visto los peones del rancho se retiraban muy tarde o quién sabe si estaban conduciendo ganado hacia el norte, aunque habitualmente aquélla no era la época.

Kent llegó frente al edificio, que se encontraba en buen estado y parecía muy limpio. Aneja a él había una pequeña cuadra donde se oyó relinchar un caballo. Fue la bestia la única que notó aquella presencia extraña. Nadie más.

Las habitaciones estaban a oscuras. Una de las ventanas de guillotina se hallaba mal cerrada. Kent pudo elevarla fácilmente.

Entró.

Vio que la habitación en que se encontraba ahora era precisamente la sala-comedor. Había unos cuantos sillones de madera con hogareños cojines bordados a mano, una gran chimenea apagada, una mesa grande y un trinchante con cajones donde debía guardarse la ropa del servicio y además, probablemente, la comida que los habitantes de aquella casa pensaran consumir enseguida.

Abrió uno de los cajones, y en efecto vio pan. Pan tierno y crujiente, sacado del horno pocas horas antes. Pero no era eso solo; también había tocino recién partido y una cesta con fruta. Todo aquello despedía un aroma no ya apetitoso, sino casi irresistible para un hombre que llevaba sin probar bocado dos días.

Kent cogió el pan, unas lonchas de tocino y unas frutas. Todo, menos el pan, empezó a guardarlo rápidamente en sus bolsillos. Naturalmente, para eso tuvo que descuidar todas las precauciones.

Y fue entonces cuando oyó aquella voz:

—Quieto o lo dejo seco aquí mismo.

Kent contuvo la respiración.

Era una voz de mujer.

* * *

Kent se volvió lentamente, sabiendo que le debían estar apuntando con un rifle. Es el arma favorita de las mujeres solas cuando tienen tiempo de pescarle por la espalda a uno. Y con un rifle cargado a menos de seis pasos de distancia, no se puede bromear.

De modo que su actitud fue perfectamente inofensiva cuando se volvió con los brazos ligeramente en alto.

—No se mueva de dónde está.

La voz era enérgica.

Kent vio entonces a la mujer, a la debilísima luz que la luna enviaba ahora a través de la ventana. En efecto, empuñaba un rifle, un tremendo «Sharp» de muy malas pulgas, y estaba a unos cinco pasos, en el umbral de una puerta que debía haber abierto a espaldas de Kent sin que éste lo oyese.

Iba correctamente vestida y era joven. No una muchachita, pues debía tener ya unos veinticuatro años de edad. Pero el rictus de preocupación, casi de amargura, que cruzaba su rostro la hacía parecer más vieja.

Sin embargo, era bonita.

Una presa deseable, desde luego, para un hombre que había sido condenado a muerte por violación y a quien ya no le importaría asaltar a otra mujer puesto que de todos modos no podían colgarle más de una vez.

Ese pensamiento pareció leerse en los ojos de Kent mientras examinaba a la mujer, desde los cabellos bien peinados hasta las puntas de sus zapatos. Ella lo notó, y su cuerpo ágil y elástico tuvo un estremecimiento.

Claro que notó también que era otro sentimiento más fuerte el que en este momento dominaba a aquel intruso: el hambre.

—Lo siento… —dijo Kent esbozando una sonrisa—. Había llegado a pensar que en este rancho no había nadie…

—Pues lo hay.

—Le prometo que mis intenciones…

—Sus intenciones son bien claras: está robando.

—Sólo un poco de comida…

Los ojos de la mujer se clavaron como dardos en las manos de Kent, que sostenían el pan, y en el cajón junto al cual estaba. En aquel cajón no se guardaba nada de valor, excepto la comida.

La mirada de la mujer se humanizó un poco, pero sus manos siguieron empuñando el rifle.

—Apártese. Póngase junto a la ventana, donde le vea bien —ordenó—. Y no intente saltar por ella porque le enviaré una bala antes de que lo consiga. Estos rifles son muy rápidos.

—Demasiado lo sé.

Kent había resuelto obedecer y no poner a aquella mujer más nerviosa de lo que ya estaba. Un solo temblor en el dedo índice, y aquel rifle pesado le enviaría al infierno para siempre. Además, Kent ya se había dado cuenta de que los ojos de la mujer estaban cambiando de expresión.

Ella intentaba comprenderle.

—Muy bien —dijo, más tranquilizada, cuando pudo ver bien al hombre junto a la ventana, recibiendo de lleno la luz de la luna—. Ahora suelte el pan y despréndase del revólver. Pero sujételo con dos dedos y empleando la mano izquierda. De lo contrario, le mataré.

—Ya veo que no bromea.

—Le juro por mi madre que jamás he hablado tan en serio. Y dese prisa, porque el dedo me tiembla en el gatillo.

Kent obedeció, sin perder la serenidad ni un solo segundo. Miraba rectamente a los ojos de la mujer.

Y se daba cuenta de que ella ya no le examinaba con la expresión fiera de antes, sino con una luz mucho más humana en sus pupilas. Kent casi supo adivinar lo que ocurriría unos segundos más tarde.

Ella dijo:

—Voy a proponerle un trato.

—No estoy en situación de discutir, señora. Acepto cualquier trato que usted me ofrezca, mientras no consista en agujerearme el pecho con ese rifle.

—¿Cómo sabe que soy una señora?

Con el mentón, Kent señaló suavemente tras ella, pero la mujer apenas volvió la cabeza unas fracciones de segundo, conservando la guardia.

Un niño de unos seis años, rubio, precioso como un ángel, estaba quieto tras ella, contemplándolos a los dos con expresión anhelante.

—Es mi hijo —dijo ella roncamente—. Mi hijo Henry.

—Por eso precisamente he adivinado que es usted una señora.

—Muy bien. Eso no hace al caso ahora. Repito que le propongo un trato.

—Y yo lo acepto. ¡Qué remedio!

—¿Es sólo comida lo que busca?

—Desde luego.

—¿Se marchará después de comer aquí? ¿Se largará con viento fresco y me dejará en paz?

—¿Debo entender que va usted a invitarme?

—La comida no se niega a nadie en ningún rincón del Oeste. Debía usted saber eso y debió pedirla, en lugar de entrar aquí como un ladrón. Pero ya que lo ha hecho, no complicaremos más las cosas. Yo le doy de comer y usted se larga bien lejos. ¿De acuerdo?

—Es un trato muy razonable.

Ella bajó un poco el cañón del rifle.

—Está bien; siéntese.

Kent tomó asiento ante la mesa. La mujer volvió un poco la cabeza hacia el niño.

—Henry, trae un quinqué. Trae también de la cocina fríjoles y tocino frito. Todo eso en dos platos dentro del armario; ya sabes dónde está.

El niño, sin una palabra, se dispuso a obedecer.

Un momento después, Kent estaba ante lo que para él era una suculenta comida. Aquella mujer sabía cocinar, y todo estaba apetitoso. A pesar de que quiso comer con educación, lo devoró todo en un santiamén, incluido el pan que arrebatara antes.

Ella, situada a unos cinco pasos, le miraba sin dejar de apuntarle con el rifle. Claro que su actitud vigilante se había relajado mucho desde que había visto que Kent sólo prestaba atención a la comida. No se dio cuenta de que la expresión del hombre había ido cambiando al ir sintiendo satisfecha su hambre, y ahora dirigía ya algunas miradas furtivas a las poderosas caderas de la mujer, a su

busto jadeante y sus labios rojos. Era exactamente como si Kent Latimer empezara a decirse que aquella damisela era el mejor postre que podía desear después del banquete.

Ella, sin embargo, no lo notó.

Ahora tenía que repartir su atención entre el intruso y el pequeño Henry, quien estaba situado unos pasos detrás de ella, en absoluta inmovilidad, mirando comer al hombre, como si éste le obsesionase.

—Henry, vete a tu cuarto.

—Te haré compañía, mamá.

—Obedece.

Kent cortó aquel diálogo con una pregunta al parecer inofensiva:

—¿Dónde está su marido, señora?

Ella se mordió el labio inferior.

—Con el ganado.

—Sí, ya he visto que no hay reses por aquí y he imaginado que debían estar en otro sitio. Pero tarda mucho, señora.

—Eso no le importa a usted.

—Perdone, era sólo un comentario.

—Ha ido a embarcar unas cuantas docenas de cabezas y por eso ha tenido que estar fuera tres días —dijo ella abruptamente—, pero regresa esta misma noche. Me extraña que ya no esté aquí.

Él suspiró:

—Claro…

Había notado ya que la mujer relajaba la vigilancia cada vez más y que estaba casi exclusivamente pendiente del niño, esperando que éste se retirase.

Había notado también, ahora que la luz le daba de lleno, que la mujer era extraordinariamente hermosa. De no ser por aquel rictus de preocupación que seguía ensombreciendo su rostro, hubiera sido una de las más bellas que Kent había visto en su vida. Tenía unas caderas anchas y rotundas, maravillosamente torneadas; un busto pujante y alto, tan agresivo como el de una jovencita: unos labios tentadoramente rojos y un cuello mórbido que resultaba como una obsesión. En cuanto a sus piernas, por lo que la falda dejaba ver de ellas, resultaban de auténtico campeonato.

A los veinticinco años, podía decirse que aquella mujer estaba en su plenitud, que nunca antes había sido tan hermosa ni más

adelante volvería a serlo. Era una 1 presa para cazarla precisamente ahora, una fruta que había de devorarse justo en este momento, antes de que se pasara. A juzgar por la expresión malévola y reconcentrada de Kent Latimer, él estaba pensando justamente eso.

La mujer miró ahora directamente al niño.

—Henry, he dicho que te vayas.

—Es que…

Kent tragó saliva, dándose cuenta de que había llegado su momento. Tenía ahora una magnífica oportunidad, y no iba a desaprovecharla.

Levantó el plato ya vacío, con un rapidísimo movimiento, y lo arrojó contra el cañón del rifle de la mujer, haciendo que éste oscilara bruscamente contra la pared.

Ella intentó revolverse, pero ya no llegó a tiempo. Ya Kent Latimer estaba sobre ella como una fuerza poderosa, invencible, destructora…

CAPÍTULO III

El niño no gritó.

Quedó atónito, paralizado, con sus inocentes ojos muy abiertos, mirando todo aquello con una invencible expresión de pasmo y de horror.

Aunque en principio no sucedió nada importante, sin embargo.

Kent abrazó a la mujer, le arrebató el rifle de un manotazo y luego la empujó contra un ángulo de dos paredes, acorralándola allí. Ella jadeaba, más bonita que nunca, pero no había miedo en sus ojos. Más bien había en ellos como una silenciosa súplica. Diríase incluso que había estado esperando y temiendo aquello.

Preguntó con voz rota:

—¿Va a hacer… lo mismo que otras veces?

—Por consiguiente, ¿sabe lo que hago?

Los labios de la mujer empezaron a temblar ansiosamente.

—Síiiii… Sí.

—¿Me conoce?

Ella señaló hacia atrás, con el mentón. No le fue difícil a Kent ver en la otra habitación, sobre una silla, un pasquín arrancado, como el que viera en la ciudad un par de días antes. Estaba allí desde antes de que él entrara. La mujer lo había tenido en cuenta desde el primer minuto.

—Lo trajo el niño… —musitó ella—. Un ayudante del *sheriff*… se lo dio… esta mañana.

—Pero ese pasquín no da mi descripción. ¿Cómo sabe que soy Kent Latimer?

—Mucha gente ha hablado de usted. Mucha gente lo ha descrito. Yo he sabido desde el primer momento quién era, pero he intentado… he intentado alejarle con una comida. Debí haberle

matado… desde el primer momento.

—¿Por los cinco mil dólares?

—No. Sólo porque es usted un bicho… repugnante.

—Por lo visto sabe muchas cosas de mí.

—Sé todo lo que hay que saber… y conozco su modo de actuar. Lo único que me extraña es que ahora no esté aquí la banda que le acompaña casi siempre.

—Para una mujer bonita me basto yo solo… —dijo roncamente Kent.

Y su mano derecha, soltando el rifle, fue hacia la cintura y las caderas de la mujer, acariciándola con sabía lentitud. Notó que ella se estremecía, notó que su carne palpitaba bajo la tela.

—Por Dios…

La voz de la mujer era una súplica lacerante, conmovedora, ronca, que hubiera llegado hasta el fondo del corazón de cualquier hombre. Pero no pareció impresionar demasiado a Kent.

—Eres preciosa…

Las lágrimas asomaron a los ojos femeninos. Una pregunta ansiosa, terrible, brotó de su garganta:

—¿Es que se atreverá a…?

—Claro que sí, muñeca.

—¡Mi marido va a venir! ¡Mi marido va a llegar de un momento a otro y entonces le matará! ¡Juro que le matará!

Kent movió la cabeza lentamente, con una estrecha sonrisa.

—No, muñeca.

—¿Qué dice? ¿Cree que mi marido no es capaz de defenderme? ¿Cree que no sabrá matarle?

—Tu marido no vendrá esta noche… ni nunca. Tú no tienes marido.

En las facciones de la mujer, que le estaba mirando ansiosamente, hubo una crispación.

Y de pronto se derrumbó.

De pronto todos sus músculos se relajaron, todas sus, energías parecieron hundirse. Cerró los ojos para que no fluyeran las lágrimas y dejó sin resistencia que siguiera acariciándola la mano ansiosa del hombre.

Éste dijo cruelmente:

—Lo he acertado. No tiene usted marido, ¿verdad?

—El… el niño no lo sabe.

Y de pronto los ojos de la mujer se abrieron nuevamente. De pronto su mirada adquirió un tinte de fanático horror.

—¿Va… va a matar al niño?

Kent sonrió secamente.

—Sería lo más lógico, ¿no?

Y añadió con voz ronca:

—Lo he hecho otras veces.

—¡Pero él es un niño! No tiene conocimiento… ¡acaba de cumplir los cinco años! No… no puede hacerle nada.

—Es un testigo.

A la mujer le costaba respirar. Estaba ansiosa, rota, deshecha. Le temblaban las rodillas y daba la sensación de que iba a resbalar de la pared hasta el suelo de un momento a otro.

—Él… él no hablará.

Kent desvió un momento la mirada y contempló al pequeño Henry.

Éste le estaba contemplando también. Pero su mirada era clara, tranquila, limpia.

Seguramente no comprendía del todo la situación. Seguramente no se daba cuenta de lo que podía ocurrir, de lo que había empezado a ocurrir ya.

Balbució:

—Deje a mí madre…

—¡Vete, Henry! —musitó la mujer—. ¡No intervengas en esto! ¡Vete, por Dios, vete enseguida!

En los ojos de Kent no había expresión alguna.

Eran los ojos quietos, fríos, casi transparentes del hombre que no siente nada, que no ha tenido sentimientos jamás.

Y la mujer se daba cuenta de eso.

—El niño… —jadeó—. El niño…

—Luego nos preocuparemos de él.

Y fue a acercar más a la mujer, valiéndose de su brazo derecho, ya que con el izquierdo le cortaba la retirada. Pero en ese momento se oyó el galope de varios caballos en la lejanía.

Varios caballos. Al menos cinco.

Kent apretó los labios. Notó que todo el cuerpo hermoso de la mujer se convulsionaba.

Bueno, ya estaba. Lo que temió había sucedido. Ya estaban los hombres del *sheriff* allí, le habían acorralado precisamente en el momento en que él no tenía ni un maldito caballo.

Tomó el rifle velozmente, soltando a la mujer, y ésta fue a reunirse de un salto con su hijo.

El ruido de los caballos se oía cada vez más cerca. Debían estar ya descendiendo la colina.

Kent, con el rifle entre las manos, se pegó a un costado de la ventana abierta, y sus ojos sin expresión escrutaron atentamente todos los resquicios de la noche.

CAPÍTULO IV

En efecto, eran cinco.

Descendían pausadamente la colina para llegar al fondo del valle, donde estaba situado el rancho. No parecían tener prisa ni mostraban ningún interés por ocultarse. Diríase que se sentían muy seguros de su posición y que no temían ninguna clase de peligro.

Mientras Kent los examinaba a través de la ventana, oyó el respirar agitado, casi jadeante, de la mujer, que se había situado a espaldas suyas.

—¡Son el *sheriff* y sus hombres! —dijo ella con voz silbante—. ¡Ahora le darán su merecido, maldito buitre! ¡Dentro de unos minutos le habrán colgado del árbol más alto de este rancho! ¡Procuraré que el niño no lo vea, pero yo misma les ayudaré a colgarle!

Kent apenas volvió la cabeza para advertir con calma glacial:

—En ese caso avíseles, señora. Lance un grito. Más vale que lo haga, porque si siguen descendiendo agrupados como lo hacen ahora, matarlos me va a resultar lo más sencillo del mundo.

Volvía a llamarla «señora», como antes. El nuevo tono de su voz hizo que la mujer parpadease.

De todos modos, fue a gritar. Fue a hacerlo hasta que se encontró con el metal helado de los ojos de Kent.

—Mírelos bien —dijo simplemente éste—. Puede que no le convenga advertirlos, después de todo. Ahora me doy cuenta.

Ella entrecerró los ojos, situándose junto a él en la oscuridad de la ventana, intentando escrutar la penumbra donde se dibujaban las siluetas de los jinetes, ahora a unos cincuenta pasos de distancia.

La claridad resultó suficiente para que se diera cuenta de lo que sin duda acababa de notar Kent. Aquellos jinetes no eran el *sheriff* y

sus hombres. Por el contrario, formaban un quinteto bien distinto.

La barba negra del que iba en cabeza resultaba bien conocida en todos los rincones de Texas. Y los cabellos rubios de los dos de los costados también. Los que marchaban atrás no podían identificarse, pero sin duda eran lobos de la misma camada.

La voz femenina fue patética cuando susurró:

—La banda de Farrell…

—Eso es —dijo Kent pensativamente—, la banda de Farrell. Por lo visto, usted ha saltado de la sartén para caer en el fuego, señora. Supongo que esos tipos traerán unas intenciones tan negras como las mías…

—Y avanzan hacia aquí muy seguros… Parece como si supieran que no van a encontrar resistencia.

—Han debido enterarse de que está usted sola. Sola con su hijo. Y vienen hacia aquí con la sensación de que es tierra conquistada.

Kent vio correr las lágrimas por las mejillas de la mujer. Vio el brillo quieto de sus lágrimas en la penumbra.

—Supongo que no puede oponerles resistencia —dijo tranquilamente él.

—No. Y lo mejor que puede hacer es marcharse. Los hombres de Farrell no consentirán que siga aquí. Lo matarán también.

Kent sonrió suavemente.

—De pronto parece usted sentir un gran interés por mí, señora.

—Lo único que pretendo es que mi hijo no vea tantos muertos. ¡Váyase!

Kent dijo en un susurro:

—Claro, señora…

Y salió por la ventana, pasando las piernas por encima del alféizar, sin soltar el rifle cargado. Ella le miró con asombro. Saliendo por aquel camino, forzosamente tenía que encontrarse con los cinco hombres, que además estaban ya muy cerca.

—¿Pero qué va a hacer? ¿Va a buscarles para que encima le maten sin tener trabajo?

Él masculló:

—Puede, señora…

Y quedó fuera de la casa con las piernas entreabiertas, mirando a los cinco hombres con el fusil cruzado delante del cuerpo. Los jinetes se detuvieron a unos veinte pasos.

Farrell, el de la barba, gruñó:

—¿Qué quieres tú, fantoche?

—Saludaros, hombre.

—¿Eres del comité de recepción? No sabíamos que en este rancho gastaran esos lujos…

—No los gastan, pero en vuestro honor hacen un extraordinario.

Farrell mascullló un juramento antes de advertir:

—¡Vamos, lárgate! Lárgate o…

—¿O, qué?

Demasiado lo sabía Kent. Demasiado sabía que, mientras Farrell hablaba, uno de los rubios de sus flancos estaba sacando ya el revólver. Era una técnica repetida hasta la saciedad, practicada cien veces en todos los villorrios de Texas, pero que siempre daba resultado. Generalmente, el que se enfrentaba a Farrell estaba ya muerto cuando éste terminaba de hablar.

Pero Kent no fue tan tonto como otros que estaban ya en el Más Allá, con los ojos todavía dilatados por el asombro. Kent dio un ágil salto de costado, mientras simultáneamente ponía en línea su rifle, apuntando al pecho de su primer enemigo.

La pesada descarga del «Sharp» se llevó por delante todo un costado del rubio. Éste lanzó un alarido escalofriante, mientras sentía disgregarse a pedazos su propio cuerpo. Los otros le miraron con asombro, en movimiento instintivo y eso les resultó fatal.

Kent les estaba apuntando ya, y además era como una máquina diabólica.

Dos nuevas descargas volaron materialmente las cabezas de los dos tipos que estaban atrás, los cuales eran los que parecían más serenos y más aptos para la lucha. Farrell y el rubio que quedaba a su lado sacaron los revólveres en una centésima de segundo, mientras lanzaban a la vez un aullido más desgarrador que el de los muertos.

Una nueva descarga de Kent se llevó por delante el estómago del rubio, que se dobló trágicamente sobre sí mismo y cayó a tierra hecho un ovillo, llevando una herida que era mortal, pero que aún le haría sufrir durante interminables minutos. En cuanto a Farrell, logró colocar una bala en el rifle de Kent, partiéndolo como una caña.

Ahora Kent estaba desarmado, pero Farrell no llegó a apretar el

gatillo.

Tras arrojarle instantáneamente el cañón a la cara, Kent saltó hacia él. Con agilidad de verdadero acróbata, lo enlazó por la cintura, arrancándolo de la silla y rodando los dos por tierra.

Farrell consiguió disparar al aire, mientras caía, pero instantáneamente la mano derecha de Kent asió su muñeca y se la retorció salvajemente. Con un aullido, el pistolero dejó caer su arma.

De todos modos, ahora tenía ventaja.

Su adversario se había preocupado sólo del arma, descolocándole y quedando al descubierto. Ahora Farrell le pudo golpear casi a placer, sincronizando sus puños en un brutal uno dos que envió a Kent volando contra la puerta de la casa.

Una vez allí ni siquiera pudo ponerse en pie.

Farrell comprendió que le sería más fácil rematarle a golpes que recuperar el revólver, dando ocasión tal vez a que Kent se lanzase de nuevo sobre él. Por eso saltó y le clavó un punterazo en la sien, haciendo que el cráneo de Kent resonase como una campana.

Farrell lanzó una risotada y se dispuso a asestar su golpe favorito: clavar la espuela en el cráneo de su enemigo de un solo y seco golpe, matándolo en el acto. Era algo que ya había practicado otras veces, algo que daba a todo su cuerpo un escalofrío de placer.

Movió la pierna, dispuesto a dar el fatídico taconazo.

Y de pronto sintió como si el mundo entero diese vueltas.

Sólo unos segundos más tarde se dio cuenta de que acababa de dar una vuelta de campana, y que alguien le había impulsado sujetándole por el otro tobillo. Se encontró de pronto en el suelo, con la sensación de que se habían roto todos sus huesos y por su mente pasó la idea de que no era posible que aquel maldito Kent hubiera conservado tanta fuerza.

Pero era así, Kent se levantaba, aunque trabajosamente. Estaba dispuesto a reanudar la lucha.

Ahora Farrell no quiso perder el tiempo en florituras. Voló hacia su revólver, que brillaba en tierra a muy poca distancia. Logró rozarlo incluso, en una estirada digna de un campeón.

Pero Kent, en otra estirada más frenética aún, cayó sobre él. Los dos rodaron otra vez por tierra, salvajemente, mientras con manos ansiosas intentaban aferrarse el cuello.

Lo consiguió Farrell. Pudo clavar sus diez dedos en las vértebras de su enemigo y las retorció ferozmente, con fuerza de oso. Kent, en lugar de resistir e intentar separar aquellos garfios, le clavó con la izquierda dos terribles golpes al hígado que dejaron al otro sin respiración.

Farrell sintió que las fuerzas se le iban, que el mundo, absurdamente, pasaba a ser una cosa lejana y blanda.

No se dio cuenta de que acababa de aflojar la presión de los codos. No pudo advertir que Kent iba a contraatacar.

Éste, de un rodillazo, le hizo saltar por encima de su cabeza. Y, al quedar libre, respiró ansiosamente, procurando recuperar todo el aire que antes había faltado a sus pulmones.

Farrell se incorporó.

El momentáneo desmayo que había sentido después de los impactos al hígado persistía aún, pero se daba cuenta de que aquélla era una pelea a vida o muerte, y no podía tener un instante de vacilación. Saltó hacia adelante, descuidando la guardia.

Kent lo recibió con un gancho al mentón que lo envió hacia atrás entre un seco chasquido de huesos.

Al caer, Farrell tocó un tronco de los que había almacenados cerca del rancho, para la leña del invierno. Con vigor de gorila, lo levantó y consiguió arrojarlo contra Kent. Éste recibió el impacto en pleno pecho y cayó hacia atrás, lanzando un sordo gemido.

Apartó el tronco justo cuando su adversario venía de nuevo sobre él. Pero Farrell no pensaba atacarle en ese momento, sino apoderarse del revólver de uno de los cadáveres, que estaba apenas a tres pasos, con los dedos engarfiados en torno a la culata del «Colt». Kent se dio cuenta de eso cuando iba a ser demasiado tarde.

Extendiendo la pierna, hizo la zancadilla a su enemigo, y éste cayó lanzando una imprecación.

Kent saltó sobre él.

Apoyándose uno en el otro, fuertemente tocados los dos, consiguieron levantarse. Luego los dos hicieron el mismo gesto, que consistió en lanzar un cruzado de derecha. Y los dos acertaron. Entre un crujido brutal de cejas arrancadas, los dos contendientes vacilaron al borde del K. O.

Pero fue solo un instante. Los dos eran lo bastante fuertes para resistir aquello.

A media distancia, sin cubrirse, preocupándose sólo de destrozar al enemigo, los dos se lanzaron a un rabioso intercambio de golpes que sonaron en la oscuridad como trallazos. Kent vio vagamente que, desde la puerta, el niño les miraba con asombro. Buscó de nuevo el hígado de Farrell, ya brutalmente castigado, y lo hizo vacilar. Luego movió ambos brazos en uno dos alucinante, que arrancó al niño una exclamación de horror.

Farrell vaciló aún más. Sus piernas apenas le sostenían. Ken le golpeó debajo del pabellón nasal con el borde de la mano y lo envió definitivamente a tierra. Supo desde aquel momento al ver caer a su enemigo, con los brazos en cruz, que éste iba a morir. Supo que le había partido la base del cráneo.

Luego, Kent volvió la cabeza. Volvió la cabeza muy lentamente, con un rictus en los labios, porque sabía lo que iba a encontrar.

En efecto, la mujer le estaba apuntando.

CAPÍTULO V

Sostenía el propio revólver de Kent.

Éste sabía que era un arma contundente y rápida, que no podía fallar a aquella distancia. Además, ahora la mujer estaba avisada y no se dejaría sorprender.

Kent restañó con el dorso de la mano la sangre que empapaba sus facciones y susurró:

—¿Por qué no ha disparado antes?

—¿Antes…?

—No sea niña. Ha tenido una ocasión magnífica para liquidarnos cómodamente, mientras peleábamos los dos. Matar a dos buitres en esas condiciones hubiera sido muy sencillo. ¿Por qué no lo ha hecho?

Ella se mordió los labios, mientras el revólver temblaba en su mano derecha y se nublaron sus ojos.

—No quiero que lo vea mi propio hijo —musitó—. No quiero que él me vea matar a nadie por la espalda.

Kent retiró de las cejas su mano impregnada en sangre.

—Pequeño, márchate —dijo con suavidad, mirando al niño—. Tú no tienes necesidad de ver esto.

Él obedeció. Era extraña la docilidad de aquel niño, acostumbrado a todos los horrores, a todas las amenazas. Kent lo vio desaparecer sabiendo que con él se iba la última esperanza de sobrevivir. Dándose cuenta de que ella, sin testigos, apretaría el gatillo.

Pero ella no lo hizo. Su mano seguía temblando.

—¿Qué espera? —masculló Kent—. ¿Piensa aguardar a que esté dormido?

Los labios de la mujer estaban blancos de tanto apretarlos.

Ahora temblaba su cuerpo entero, todo su cuerpo de diosa.

—¡Márchese! —jadeó—. ¡Márchese de aquí!

—¿Se da cuenta de que le conviene disparar?

—Después de todo, me ha salvado la vida y no quiero pagarle de ese modo. ¡Pero márchese de una maldita vez!

Kent se encogió de hombros.

Avanzando con parsimonia, tomó una pala que estaba junto a la montaña de leña y se dispuso a abrir una gran fosa para enterrar a los muertos.

Fue entonces cuando vio al perro por primera vez.

Capítulo VI

Era un hermoso ejemplar de pastor alemán, de unos tres años de edad, con el pelo corto y unos inmensos colmillos sobresaliendo de su boca entreabierta. Se acercó a Kent y lo husmeó a unos cinco pasos de distancia, no sabiendo si lanzarse sobre él o quedarse quieto. La presencia de los muertos parecía desconcertarle.

Durante unos segundos el perro y el hombre se miraron en dramático silencio, como dos fieras que se disponen a lanzarse una sobre la otra. Kent intentó Sonreír, pero cada vez que él movía los labios, el perro le correspondía con un amenazador gruñido.

Al fin, fue el niño el que salvó la situación.

—¡«Boy»! —gritó, mientras llegaba corriendo—. ¡Vamos, «Boy»! ¡A casa!

El perro dirigió una última mirada a Kent y se alejó lentamente, volviendo la cabeza de vez en cuando hasta que desapareció con su dueño por la puerta de la casa.

Kent se encogió de hombros y, aunque estaba derrengado, se dispuso a trabajar en la fosa. Como ésta había de contener a varios hombres y estaba muy cerca del rancho, había de ser ancha y profunda. Kent estuvo trabajando en ella cerca de dos horas, mientras la luna se elevaba hasta su cénit en el horizonte.

Después de tapar la sepultura sin poner ninguna señal en ella, fue hacia la bomba de agua que estaba a un costado de la casa, la hizo funcionar y se lavó cuidadosamente, secándose con un paño limpio que colgaba de la pared de troncos.

Luego Kent llamó a la puerta. Quería que le devolviesen su revólver.

Con gran sorpresa suya, vio que la puerta cedía. La dueña del rancho no la había cerrado aún.

—Buenas noches —dijo Kent.

Ella no le respondió. Estaba sentada junto al fuego y le miraba silenciosamente. El reflejo cambiante de las llamas daba en su rostro y sobre todo en sus ojos y en sus cabellos, que adquirían extrañas tonalidades y tenían un brillo inquietante, turbador, íntimo. Kent vio también los labios de la mujer, tan intensamente rojos que parecían una llamarada en la penumbra de la habitación.

Ella le miraba también.

—¿Por qué no se ha ido? —musitó.

—Y usted, ¿por qué no ha cerrado la puerta?

—No lo hago nunca. El perro me avisa si alguien se acerca sin hacer ruido. Y, por otra parte, si alguien quisiera entrar a la fuerza, no creo que le costara mucho derribar ese pobre conjunto de troncos mal ensamblados. No vale la pena.

Volvió un tronco con el atizador, sin mirarle, y añadió:

—¿Por qué ha vuelto?

—Usted tiene mi revólver.

—Ah, sí… —dijo ella, sin interés.

Y señaló con el mentón hacia la repisa de la chimenea. En ella estaba, en efecto, el revólver de Kent, el mismo que él tuvo que dejar caer cuando la mujer le amenazó con el rifle. Ella no parecía querer emplearlo ni siquiera para defenderse.

—Va a irse ahora, ¿no?

—Sí, claro.

Ella se puso en pie.

—Le he preparado algo de comida.

—¿Por qué? —susurró Kent, sin poder dominar su asombro—. ¿Por qué se ha molestado después de que…?

—Después de salvar mi vida y la de mí hijo, era lo menos que podía hacer. Vea ese paquete que hay sobre la mesa; contiene provisiones para un par de días, tiempo máximo que necesitará para dejar atrás los límites de este condado. Tómelo y váyase.

—Antes quisiera hacerle una pregunta.

—Si no se refiere a nada de lo que antes ha sucedido, puede hacerla.

—No, no se refiere a nada de aquello… —dijo pensativamente Kent—, sino a los hombres de Farrell. ¿Por qué venían tan seguros? ¿Cómo no tomaron ninguna precaución?

—Sabían que estaba sola.

—¿Y qué querían?

—Aproximadamente, la misma canallada que usted, con la diferencia de que ellos eran cinco.

Kent se estremeció.

Fue un estremecimiento muy extraño, y al parecer, sin sentido, en un hombre que estaba reclamado por violación en casi todo Texas.

—Cinco… —susurró.

—Ya ve que usted me ha salvado de un terrible trago —dijo ella con voz opaca—. No crea que no sé reconocer las cosas. Pero no intente cobrarse ahora el favor que me ha hecho, porque no lo consentiré. Usted sabe perfectamente que antes tendrá que matarme.

Kent no contestó directamente a aquello. Con la vista perdida en los leños crepitantes de la chimenea, preguntó en voz baja:

—¿Dónde está su marido, señora?

Ella no contestó. Kent alzó su cabeza.

—Imagine que soy viuda.

—No, no lo imagino, porque no es verdad.

Ella se mordió el labio inferior hasta hacerse sangre, rehuyendo la mirada del hombre.

—No sé dónde está —susurró—. Hace tiempo que marchó de casa con una punta de ganado. Un mes y medio, quizá. Desde entonces no ha vuelto ni he tenido noticias suyas. Quizá lo mataron los cuatreros.

—Usted sabe que no.

—¿Por qué he de saberlo?

—Su marido no ha vuelto por alguna razón que usted conoce. Quizá porque tiene miedo.

—¿Miedo… de qué?

—Usted lo sabe. ¿Por qué no me dice la verdad? Al fin y al cabo, no le cuesta nada. Igualmente, voy a largarme con viento fresco.

Ella se mordió los labios otra vez y nuevamente habló sin atreverse a mirarle.

—Tiene miedo de Bogard.

—¿De… Jack Bogard?

—Sí. Fue pretendiente mío, pero jamás le di esperanzas. Yo me

casé mientras él estaba en la cárcel por asesinato. No me lo perdonó jamás, y juró que al salir me haría suya —«suya hasta hartarse», según dijo—, y luego terminaría conmigo y mi esposo. Ahora…

—Ahora Jack Bogard ha salido, ¿verdad?

—Sí.

—Y usted cree que su esposo lo supo y comprendió que para defenderla a usted tendría que enfrentarse a un pistolero tan peligroso como Bogard. Usted cree que hizo un cálculo de posibilidades y comprendió que no saldría vivo. Usted cree, por fin, que a causa de ello decidió que su piel valía más y ahuecó el ala para no verse en el compromiso. ¿No es eso lo que piensa?

Ella tenía la mirada perdida, los labios desesperadamente prietos.

—Sí —dijo—. Es eso.

—Y no lo siente solo por usted, ¿verdad? Lo lamenta sobre todo porque un día u otro su hijo, si vive, sabrá que su padre era un cobarde. ¿Verdad que es eso lo que la reconcome por las noches?

—Sí.

Kent dejó de mirarla y preguntó algo que al parecer desviaba la conversación:

—Es curioso que aún no sepa su nombre. Aquí sólo sé el nombre del perro. ¿Cómo se llama usted?

—Irma.

—¿Y el chico?

—Henry.

—¡Ah, sí! Antes oí que lo nombraba. ¿Se llama también Henry su marido?

—No. Él se llama Pat. Se llama Pat Ransom.

Kent abrió la boca.

La abrió demasiado, como si el más absoluto asombro lo dominase. Entrecerró los ojos y miró a la mujer como si no creyera lo que ésta acababa de decir.

—¿Pat… Ransom?

—Sí. ¿Tiene eso algo de especial?

—¿… Y dice que no sabe nada de él?

—Nada, desde que salió con las reses.

—Pero… ¡pero si su marido ha matado ya a cuatro hombres!

Ahora fue Irma la que abrió mucho la boca. Ahora fue ella la

que se quedó sin habla y casi sin respiración.

—¿Qué ha matado a cuatro hombres?

—Los liquidó hace poco en San Antonio de Texas. Se está convirtiendo en uno de los pistoleros más temibles de la región.

—Se equivoca. ¡Mi esposo no ha sido nunca un asesino!

—Es que no mató a esos hombres por la espalda. Los mató cara a cara y en desafío legal. Si no recuerdo mal, fueron cuatro desafíos en tres días. Todo el mundo estaba pendiente de aquello. Hablar ahora de Pat Ransom es algo así como mencionar al diablo.

La mujer seguía casi sin respiración, oyendo aquellas palabras. Lo que estaba diciendo Kent la aturdía y la enorgullecía a la vez. Pero no podía creerlo del todo.

—Es absurdo que no me haya dado noticias —dijo al fin.

—Pues yo más bien lo encuentro natural.

—¿Por qué?

—Yo creo que Pat Ransom fue siempre uno de esos hombres pacíficos que ignoran que llevan el diablo en la sangre. Hasta que de pronto alguien les obliga a empuñar un revólver y… Bueno, el Oeste ha visto pisar sus tierras muchos hombres así, que precisamente eran luego los más temibles. Su marido nació siendo un pistolero, señora, pero por lo visto no lo descubrió hasta que alguien se atrevió a gritarle: «¡Saca, cobarde!». Entonces se desató la fiera. Y ahora él, no sabiendo qué reacción va a producir todo eso en usted, se abstiene de enviarle noticias. Debe tener miedo de que lo desprecie.

—Ésa… ésa no es razón.

—Bueno, yo también supongo que hay algo más farfulló Kent.

—¿Qué?

—Sencillamente, su marido busca a Jack Bogard.

—Pero… ¡pero Jack lo matará!

—¡Hum! Yo no diría tanto. Si es cierto lo que me han contado de Pat Ransom, son pocos los que tienen probabilidades de sobrevivir después de enfrentarse a él a quince pasos. Y seguramente él buscaba acabar con Jack lejos de aquí, donde a ustedes dos no puedan alcanzarles las salpicaduras del combate. Eso también explica lo de Farrell. El muy buitre quiso aprovecharse de la situación antes de que Pat volviera. Sabía que con él delante peligraba su vida y la de sus hombres.

Irma pareció convencerse al fin. Pero todo aquello era tan inesperado, tan asombroso… y sin embargo, tan lógico, que el mismo rictus de amargura y de incomprensión siguió marcándose en su rostro.

Durante unos segundos que parecieron eternos dio la sensación de que no sabía qué decir, hasta que al fin preguntó:

—¿Qué va usted a hacer ahora?

—Quedarme aquí.

—¿Cómo?

—He estado pensando que mis hombres merodean cerca. Ya sabe que tengo una cuadrilla de seis individuos, ¿no? La ha mencionado antes. Pues bien, tengo miedo de que nos crucemos y ellos lleguen a esta casa. Si la encuentran sola… Bueno, a ellos también les gustan las chicas.

Irma se estremeció.

—¿Y usted va a frenarles?

—Sí.

—¿No será peor el remedio que la enfermedad? ¿Cree que, para cubrir ese riesgo de que habla, voy a tener un hombre como usted en mi casa?

—Nunca me atrevería a tocarla sabiendo quién es su marido, Irma —dijo él secamente.

—¿Le… tendría miedo?

—No es miedo… Es prudencia. ¿Para qué voy a buscarme líos con una sola mujer cuando por ahí ruedan docenas sin nadie que las defienda? Yo pienso vivir muchos años, Irma, y estoy seguro de que el camino que llevo es el mejor para conseguirlo.

En los ojos de la mujer, que ahora le miraba directamente, palpitó una chispita de desprecio.

—Por un momento he pensado algo distinto de usted, Kent Latimer. Ha sido un instante, cuando le he visto enfrentarse con esos hombres que ahora yacen enterrados delante de la casa. Pero me doy cuenta de que sigue siendo lo mismo que pensé al principio.

—¿Y qué es lo que soy?

—Un cobarde.

Kent rehuyó la mirada y contestó como disculpándose:

—Le ruego que no confunda la cobardía con las ganas de llegar a viejo.

—Está bien, quédese —dijo ella con voz ronca—. Hay un cobertizo junto a la cuadra, y puede emplearlo. Pero le juro que voy a dormir con un «Derringer» cargado bajo mi almohada. Si se atreve a acercarse…

—No me atreveré, Irma —dijo él suavemente—. Ya le he explicado que no quiero buscarme líos.

Y, con la barbilla sobre el pecho, salió lentamente de la habitación, sin mirar a la mujer, encaminándose al cobertizo que ella acababa de indicarle.

CAPÍTULO VII

Kent estaba ensillando su caballo, al que había dejado descansar en la cuadra durante la noche, cuando el pequeño Henry se acercó llevando detrás al perro «Boy».

Durante algunos minutos contempló en silencio las manipulaciones del hombre, que apenas si le había dirigido una suave sonrisa.

—¿Se va ya? —preguntó al fin.

—Sí, muchacho.

—¿Adónde?

—Tengo una cita en la población de Scottfield. Es la que está más cerca de aquí, ¿no?

—A unas doce millas, atravesando aquella colina.

—Gracias, muchacho.

Él seguía mirándole.

—¿Va a volver?

—Puede. ¿Tú tienes ganas de que regrese?

—Sí. Me gustó ver cómo peleaba con aquellos hombres.

—Bueno… No sé si volveré, de todos modos. Tu mamá y yo parece que no estamos en muy buenas relaciones.

—Es que yo quiero además que vuelva por otra cosa.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Porque usted sabe dónde está mi padre.

Kent desvió la cabeza para mirar de frente al chico.

—¿Qué te ha dicho tu madre?

—Que está en San Antonio de Texas y que volverá pronto.

—¿Nada más?

—No… Nada más.

Kent se inclinó un momento para acariciar al perro, que ya no le

miraba con tanto recelo como la noche anterior.

—Antes —dijo el niño—, siempre aullaba.

—¿Por qué?

—Bueno, era una costumbre que tenía. Es un perro que no sabe ladrar de alegría, aunque nosotros ya le entendemos. Cuando veía a mí padre se ponía a aullar. Sabíamos que él regresaba por eso.

Kent se mordió el labio inferior.

—Curiosa costumbre…

—Cada perro tiene una forma especial de saludar a su dueño. Bueno, eso es lo que dice mi madre.

—De modo que éste cuando está contento aúlla…

—Eso mismo.

Y el niño acarició el cuello del animal, mientras Kent montaba en su caballo. Desde lo alto miró al muchacho.

—Bueno, Henry, hasta pronto…

—¿Para qué va a Scottfield, señor Latimer?

—Ya te lo he dicho: tengo una cita.

—¿Con alguien a quien quiere matar?

—¿Crees que yo voy matando a todo el mundo, muchacho? —preguntó Latimer con una estrecha sonrisa.

—Mamá me ha dicho que no me acercara a usted. Y mamá sólo me dice eso cuando nos visita un pistolero.

Kent hizo más amplia su sonrisa, y miró los campos casi abandonados, sobre los que flotaba esa tristeza tan especial que tienen las tierras a medio trabajar, esas tierras que hablan de abandono y de pobreza.

—¿Tu madre tiene que cuidar de todo esto? —preguntó en voz baja.

—Yo le ayudo dijo orgullosamente Henry.

Kent se dijo que la ayuda de un niño de cuatro o cinco años no podía significar gran cosa. Más bien Henry era aún una preocupación para su madre. Cuando él tuviese quince años cambiarían las cosas, pero, mientras tanto… El hombre se preguntó cómo Irma podía llevar tanto trabajo y tantas preocupaciones sobre sus espaldas. No era extraño aquel rictus de amargura que envejecía prematuramente su rostro. Sin ello, Irma hubiera sido una de las mujeres más bonitas que había visto jamás. Aun así, lo era en cierto modo, pero Kent se preguntó durante cuánto tiempo una mujer

podría soportar aquella vida.

—Cuida de tu madre —dijo de repente, mirando al niño—. Es posible que muy pronto volvamos a vernos.

Y sin una palabra más picó espuelas suavemente, alejándose en dirección a la colina.

* * *

Scottfield era una ciudad como tantas otras en la cuenca ganadera de Texas. Tenía varios hoteles importantes levantados en los últimos años, a causa del aluvión de vaqueros y caravanas que pasaban por allí; casi una docena de locales de diversión, un par de ellos de auténtica categoría, y un centenar de casas cuyos propietarios se estaban enriqueciendo rápidamente.

Con más o menos categoría en los hoteles, con más o menos detalles de lujo en los locales de diversión, Kent Latimer había visto muchas ciudades como Scottfield desde que empezó a galopar por las llanuras de Texas.

Entró poco a poco en la calle principal.

No era allí donde había tenido el último desafío, matando a tres hombres, sino que Scottfield estaba precisamente en dirección opuesta, y además en los límites de otro condado. Pero Kent Latimer estaba alerta, con los ojos clavados alternativamente a un lado u otro de la calle, sabiendo que probablemente su cabeza seguía valiendo allí cinco mil dólares.

Llegó sin novedad ante la puerta del hotel más importante de la población. Era un hotel presuntuoso, lleno de maderas doradas, y al que habían dado el pomposo nombre de El Paraíso de Texas.

Por la cantidad de mujeres que estaban lánguidamente sentadas en el gran salón, Kent dedujo que el verdadero negocio del hotel era otro, y que además le harían muy pocas preguntas.

En efecto, la mujer que estaba tras el mostrador de recepción, una vieja con ojos metálicos y cara de arpía, no le preguntó ni siquiera por su nombre.

—¿Desea una habitación?

—Sí, desde luego.

—Las hay de cinco y de ocho dólares diarios. Elija.

Kent pensó que los precios eran desaforados, pero gruñó:

—De cinco.

La vieja le entregó una llave con gesto despectivo, como si pensase: «¡Bah! Miseria…»

—¿Va a estar mucho tiempo?

—Supongo que un día o dos.

Kent tomó la llave y subió a su habitación. Ésta era pequeña y daba a la parte trasera del hotel, pero estaba limpia. Una vez allí se lavó la cara y pensó que lo que debía hacer ante todo era trazarse un plan.

Mientras se estaba secando la cara, la puerta se abrió silenciosamente.

Kent entrecerró los ojos.

La que acababa de entrar allí era una mujer. Seguramente una de las que estaban lánguidamente sentadas abajo, en el salón, pero Kent no recordaba haberse fijado especialmente en ella.

Sin embargo, era joven, bonita y con una respetable dosis de curvas.

Llevaba un vestido corto, tan corto como el de una bailarina. Calzaba zapatos de alto tacón y sus hermosas piernas estaban ceñidas por medias negras. El escote resultaba tan amplio, y la respiración de la chica era tan agitada que parecía como si los pujantes senos fueran a salirse de su cárcel. Kent decidió que lo mejor sería mirar a otra parte.

Terminó de secarse.

—¿Se te incluye a ti en el precio de la habitación, muchacha? Y si se te incluye, ¿cómo diablos deben ser las de ocho dólares?

Ella se sentó en la única butaca que había en la pieza y cabalgó una pierna sobre otra, ofreciendo a los ojos de Kent una exhibición que casi daba escalofríos.

—Contesta —dijo él—. ¿Vas incluida?

Ella hizo un mohín.

—¿Es que no me reconoces, hijo de perra?

—Caramba, veo que además de bonita eres muy amable. ¿De qué nos conocemos, preciosa?

—Laramie, hace dos años.

—Laramie…

—Yo tenía entonces sólo diecisiete primaveras. ¿No me recuerdas? ¿Es que no te dice nada el nombre de los Ferguson?

—Pues…

—Los Ferguson poseían una cuadra donde alquilaban caballos. Una vez nos encontramos allí tú y yo, a solas. ¿No lo recuerdas, víbora?

Sin esperar la respuesta, ella se levantó, cruzó la estancia de dos ágiles zancadas, y le propinó a los labios tres golpes seguidos, moviendo las manos alternativamente. Sabía pegar tan bien que lo labios de Kent quedaron casi instantáneamente bañados en sangre.

Pero no se movió.

—Tienes buenos puños —dijo—. Casi tanto como buenas piernas.

—Ojalá los hubiera tenido ya entonces…

De pronto la mujer pareció derrumbarse. Todas sus energías cedieron. Hundió la cabeza, sus rodillas vacilaron y quedó sentada en el mismo sillón de antes, vencida, llorando como una niña.

—Si entonces hubiera sabido defenderme como ahora —gimió—. ¡Si hubiera sabido lo que ahora desgraciadamente sé…! —Le miró, alzando el rostro, con ojos inyectados en sangre—. ¡Tú no hubieras podido tocarme, canalla! ¡No hubieras conseguido lo que conseguiste! Después de aquello, me he convertido en una… una…

Vaciló, no atreviéndose a pronunciar el nombre. Kent preguntó con indiferencia:

—¿Trabajas aquí?

—¿Y todavía lo dudas?

—Pues no es mal empleo. Éste parece un hotel de mucha categoría.

Ella apretó los puños y durante unos segundos pareció a punto de saltar sobre él. Pero su abatimiento era tan profundo, tan auténtico, que hasta para eso le faltaron fuerzas. Se limitó a mirar a Kent con expresión de ira y continuó sentada.

—¿Crees que éste es un hotel de mucha categoría? —susurró—. ¿De veras piensas lo que dices? ¿No te has dado cuenta aún de que éste es el lugar más triste y más bajo a que puede venir a parar una mujer?

Kent no dijo palabra. Parecía muy ocupado en contemplar su propio rostro en el espejo, mientras se sacudía cuidadosamente algunas motitas de polvo que aún quedaban en su camisa. Ella le miró con ojos fulgurantes, mientras su odio crecía por segundos.

Pero en aquel instante alguien más entró lentamente.

Un tipo de unos veinticinco años, vestido de vaquero, pero con cierta elegancia, fuerte como un toro, quedó negligentemente apoyado en una de las jambas de la puerta, mientras con las manos en los bolsillos miraba al interior de la habitación.

Bueno, mejor dicho, miraba solamente a la chica.

—Nena —dijo con tono apremiante.

Ella alzó la cabeza.

—¡Váyase! —dijo roncamente—. ¡No tiene por qué buscarme!

—He preguntado por ti abajo, preciosa. Me han dicho que estabas aquí.

—¿Y qué importa?

—¿Cómo que qué importa? Necesito que vengas conmigo.

—¡Déjeme en paz!

—No te pongas tonta o será mucho peor para ti, nena.

Parecía como si aquel tipo no hiciese el menor caso de la existencia de Kent Latimer. Ni siquiera le había mirado una sola vez, como si fuese un perro o algo menos importante aún. Kent dio un cuarto de vuelta y le miró de reojo, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo.

—La señorita está conmigo —dijo.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Entonces, he acertado en mis suposiciones —dijo burlonamente el vaquero—. Desde el primer instante había supuesto que estaba con usted palomo. Por tanto, me corresponde premio.

—¡Qué bien!

—Y da la casualidad de que el premio es la señorita.

—Pues entonces digo «¡Qué bien!» dos veces.

El vaquero se separó ligeramente de la jamba de la puerta, para tener más libertad de movimientos. Miró a Kent Latimer como si le viese ya muy lejos, más allá de las fronteras de este mundo.

La muchacha dijo roncamente:

—¡Ojalá os matéis los dos!

—No —susurró el vaquero torciendo la boca—. Va a morir él solito, nena. Y luego tú y yo lo celebraremos en privado. También solitos los dos. ¿Qué dices a esto, reina?

Ella escupió.

El vaquero miró más intensamente a Kent Latimer, entrecerrando los ojos y situándose ya con claridad en el centro de la puerta.

—Tengo varios amigos abajo —indicó—. Queremos divertirnos con las chicas, y una de ellas tiene que ser Marian. ¿Por qué no deja este asunto y se va a dormir? Tiene que elegir entre la cama y el ataúd. Ya ve que soy buen chico. De modo que quédese en calzoncillos aquí mismo, para que yo sepa que no va a venir a molestarnos, y se ahorrará varios agujeritos en la piel. ¡Andando! Y tú, preciosa, acércate a Mike.

Hizo una seña con el dedo, llamándola. Los ojos de Kent Latimer brillaron como dos monedas a las que se da la vuelta.

—La chica no se va.

—¿No?

El vaquero arqueó el brazo derecho, y sin previo aviso empuñó la culata para disparar a través de la funda. Pero Kent había adivinado ya el gesto. Hizo fuego él también a través de la funda y con la primera bala voló la cabeza de su enemigo. Con las otras cinco le hizo retroceder como un guiñapo hasta el otro lado del pasillo, dejando por fin que se derrumbara en medio de una espantosa nube de humo. Cuando Kent sopló en el cañón de su revólver, sus ojos brillaban como el metal de una máquina de matar, como piezas de una máquina sin alma.

Luego se volvió hacia la muchacha, que le miraba atónita, sin fuerzas aún para captar exactamente el horror de que acababa de ser testigo.

—Te daré dinero para que te vayas de la ciudad —masculló—. Nunca es tarde para empezar una nueva vida.

Introdujo la izquierda en uno de los bolsillos de su camisa, pero en aquel momento se oyeron pasos precipitados en las escaleras del hotel. Alguien, al menos tres hombres, subían a toda prisa.

—Antes no disparabas así… —susurró Marian—. Eras mucho más lento…

—Todas las cosas malas terminan aprendiéndose un día u otro. Y yo he aprendido ésta.

Los pasos se oían ya más cerca, en el tramo superior de la escalera. Marian se puso en pie, mortalmente pálida.

—Son ellos, los amigos de Mike. Siempre vienen cuatro o cinco a divertirse. Querrán saber lo que ha pasado.

—Tengo una cosa a mí favor —dijo Kent con glacial serenidad.

—¿Cuál?

—Ellos creen que ha sido Mike el vencedor del desafío. Avanzarán confiados, pero pronto verán el cadáver y se darán cuenta del error. Hay que moverse.

Cargó rapidísimamente cuatro plomos en el revólver. No tuvo tiempo para más. Los pasos se oían ya al extremo del pasillo.

Y las voces:

—¡Es Mike!

—¡Lo han liquidado!

—¡Cuidado, muchachos!

La puerta de la habitación de Kent seguía abierta, y enfrente, al otro lado del pasillo, había otra que estaba entornada solamente. Kent dio un salto, pasó de un lado a otro del pasillo como una exhalación y penetró en la otra habitación, empujando la puerta con el hombro.

Pero antes, mientras cruzaba el pasillo, hizo dos disparos.

Uno de los tres tipos que llegaban al galope dio un salto hacia atrás, cayó de espaldas y quedó en tierra hecho un ovillo, mientras un reguero de sangre partía de su garganta.

Claro que esto Kent no pudo verlo con detalle. De pronto se encontró rodando por el suelo de una habitación desconocida, con el revólver en la mano derecha y sabiendo que sólo le quedaban dos balas para dos enemigos. Porque había visto tres bultos al cruzar el pasillo, y sólo uno de esos tres bultos había caído para siempre.

Se dio cuenta de que los otros dos tipos entraban en la habitación donde estaba Marian.

Su intención era bien clara: emplear a la chica como parapeto. Suponían que Kent tendría en ella algún interés especial.

Y Kent lo tenía, pero no obró del modo que aquellos buitres esperaban. Sin perder un segundo, abrió la ventana de la habitación y se descolgó al exterior. Vio que podía alcanzar el tejado sin grandes dificultades y se sujetó a su borde, trepando luego con agilidad de simio.

Por el tejado, mientras en la calle se oían gritos, pasó al otro lado del hotel, el correspondiente a su habitación.

Desde allí escuchó la advertencia de los dos amigos de Mike:

—¡Entrégate o apiolamos a la chica! ¡Sal con las manos en alto o te juro que le volamos la cabeza!

Otro fue más explícito:

—¡Lanza la artillería fuera antes de salir! ¡Si no lo haces antes de diez segundos, la baleamos! Uno…

Marian debía revolverse, y se oían también los insultos con que les obsequiaba. Eran insultos capaces de tumbar patas arriba a un verdugo, pero a los dos fulanos no les afectaban.

Kent se descolgó por la vertiente opuesta del hotel y un par de segundos más tarde estaba ante los cristales de su propia ventana, a espaldas de los dos individuos, que tenían fuertemente sujeta a la chica, la cual no se movía apenas. Debían haberla «ablandado» con un par de golpes en la nuca.

Sosteniéndose con la mano izquierda, Kent golpeó suavemente el cristal con el cañón del revólver que sostenía su mano derecha.

—Eh, amigos…

Los dos se volvieron a la vez. Con un gesto de estupor en sus semblantes, pusieron en línea sus revólveres. Kent disparó dos veces e instantáneamente cerró los ojos para que no saltaran a ellos las partículas de cristal.

Los dos hombres se doblaron trágicamente, con dos agujeros exactamente iguales en sus cabezas.

Guardando instantáneamente el revólver, Kent extrajo un delgado fajo de billetes con su mano derecha, que ahora estaba libre, y los introdujo en la habitación a través del cristal roto.

—Para que puedas largarte, princesa…

—Pero ¿y tú? ¿Qué… qué vas a hacer?

Kent se dispuso a saltar a la calle.

—Voy a cambiar de hotel, muchacha… ¡En éste tienen la mala costumbre de no anunciar las visitas!

CAPÍTULO VIII

En efecto, Kent se cambió de hotel. Fue a buscar habitación a otro que estaba dos esquinas más arriba.

Éste tenía un aspecto completamente distinto. Se trataba de un hotel más viejo, pero más discreto, donde paraban algunos negociantes y los escasísimos viajantes de comercio que se arriesgaban a penetrar con su muestrario por aquellos contornos.

Nada más entrar, Kent adivinó que ya sabían quién era, y que sabían además que acababa de matar a varios hombres.

Las noticias con olor a pólvora corrían pronto en aquella tierra donde los dólares y el «Colt» eran las únicas cosas realmente importantes que existían.

El dueño preguntó:

—Usted es Kent Latimer, ¿verdad?

—Veo que está enterado.

—Sí. Y acabo de saber que ha tenido que cambiar de hotel porque… no le gustaba la habitación del otro.

—Justo, amigo. Olía a muerto.

—Es lo que yo imaginaba.

Kent sonrió.

—Si usted tiene otra que esté en mejores condiciones…

—Eso depende.

—¿Depende de qué?

—De si usted tiene intención de seguir liquidando gente.

—¡Oh, no! La verdad es que yo soy un hombre ordenado y pienso tomarme unas vacaciones. Por ejemplo, ahora.

—Está bien. Firme aquí, por favor.

El dueño del hotel giró hacia él su libro registro y le tendió una pluma. Kent firmó.

Mientras lo hacía, el dueño dijo:

—En el otro hotel nunca preguntan nada a nadie, pero aquí sí. Y necesito que me diga una cosa.

—Hable, amigo.

—El alguacil está ahora de patrulla por los contornos, pero cuando regrese con sus dos ayudantes se enterará de lo sucedido, y sabrá que continúa usted aquí. ¿Qué piensa hacer entonces? ¿Ofrecer resistencia a la ley?

—La chica que está en el otro hotel les explicará bien claramente que se trataba de un caso de defensa propia.

—¡Hum! Usted defendiendo a una mujer… Antes se tragará el alguacil una herradura que semejante argumento. Pero al menos querrá interrogarle, y además usted está reclamado por otras cosas. ¿Qué piensa hacer cuando vea la placa de la ley?

—Eso depende.

—¿De qué?

—De si me enseñan primero la placa que el revólver, o al revés.

—Está bien, pero al menos habrá de prometerme una cosa. Si tiene jaleo, téngalo fuera del hotel. Aquí no quiero conflictos. Hable con el alguacil en la calle.

—De acuerdo; lo haré.

Kent tomó la llave de su habitación y subió tranquilamente.

Su nuevo alojamiento era mejor que el anterior, en el sentido de que la ventana daba a la calle y además tenía mayor amplitud. Kent volvió a lavarse, pues en su excursión por los tejados se había puesto perdido, y esta vez ninguna muchacha abrió la puerta.

Ya limpio, Kent se dispuso a esperar. Y como el mejor modo de esperar es tumbarse en la cama, él lo hizo y al poco rato había quedado profundamente dormido.

A consecuencia de su fatiga de los días anteriores, durmió como un tronco hasta que sobre la ciudad empezaron a flotar las sombras y se encendieron las primeras luces del anochecer.

Entonces despertó de repente.

Una lámpara de petróleo había sido encendida casi bajo su ventana, y sus resplandores dibujaban extrañas sombras en el techo de la habitación de Kent. Aquellas sombras tenían un aspecto fantasmal, parecían moverse.

Kent se sentó en el lecho, todavía ligeramente aturdido.

¿Por qué no había venido el alguacil a despertarle? ¿Es que no había regresado aún a la ciudad? ¿O es que esperaban a que se moviese para hacerle caer en una trampa que ya debía estar preparada?

Miró su cinto canana. Éste seguía colgado donde lo dejara antes de dormirse, y el revólver continuaba en su puesto. No había nadie más que él en la habitación.

De todos modos, Kent fue en busca del revólver y comprobó la carga, pues la trampa podía consistir precisamente en aquello, en que creyese estar armado cuando en realidad no lo estaba. Pero las balas continuaban en los huecos.

Kent suspiró.

Bueno, por lo visto iban a dejarle en paz, al menos de momento.

Se acercó a la ventana y miró la calle. Ésta tenía el aspecto tranquilo de casi todas las ciudades ganaderas cuando no pasa ninguna manada y no ha llegado aún la bulliciosa hora nocturna. Por los porches pasaba poco público, y en los dos almacenes generales que había en la población se veía bastante gente, sobre todo mujeres, haciendo sus compras.

Kent iba a peinarse para bajar a la calle a tomar algún alimento cuando oyó ruido de caballos casi bajo el porche del hotel.

Regresó junto a la ventana y vio llegar una tropa compuesta de cuatro hombres. Uno debía ser el alguacil, y los otros dos sus ayudantes, a juzgar por las placas que llevaban sobre los chalecos. En cuanto al cuarto tipo, iba con las manos atadas a la espalda y se mantenía muy rígido sobre la silla, escoltado por los agentes de la ley. Por lo visto la patrulla había sido laboriosa, durando casi todo el día, pero al final había habido una buena caza.

La oficina estaba casi enfrente del hotel. El alguacil, y sus ayudantes se apearon, ayudaron a descender al prisionero y luego entraron con él en el edificio. Probablemente —pensó Kent—, entre encerrarlo y el primer interrogatorio oficial, estarían entretenidos con él más de una hora.

Podía, pues, estar tranquilo de momento.

Iba a retirarse de nuevo cuando vio a dos personas más cruzar la calle, esta vez para dirigirse a un almacén que estaba situado en la esquina, y que Kent sólo podía ver en parte desde un lado de la ventana.

Pero aun así reconoció perfectamente a las dos personas. Eran Henry e Irma.

Sin duda habían salido del rancho, encaminándose a la población para buscar provisiones. Llevaban un pequeño carro con un caballo, el cual había quedado detenido a unas quince yardas de la puerta del almacén.

La mujer y el niño estaban ya a punto de subir al porche donde se hallaba la entrada del almacén.

Cuando de pronto se cruzó en su camino un hombre.

CAPÍTULO IX

Aquel hombre se detuvo en el porche, introdujo los pulgares de sus manos entre el doble cinto canana y el pantalón y aguardó a que llegaran la mujer y el niño. Éstos no le vieron hasta que estuvieron casi junto a él, al poner los pies en el primer peldaño del porche.

Fue Irma la primera que, al alzar los ojos, se encontró con la mirada de aquel hombre.

Era una mirada dura, taladrante, fija, tan espantosamente fija que la mujer se sintió atravesada por ella.

Temblaron sus labios.

—Apártate, Henry —musitó—. Vete, por favor, al porche del otro lado de la calle. ¡No te entretengas!

A pesar de que Irma dio la orden en un cuchicheo, el tipo que estaba frente a ella la oyó perfectamente.

—El niño no se mueve de aquí —dijo con voz ronca.

—¿Por qué? No va a hacer ningún daño.

—Es posible que vaya a avisar al alguacil. Que se esté quieto.

—¿Serías capaz de…?

—Mejor no probarlo. Que no se mueva.

Irma, con los labios todavía temblorosos, quedó quieta, dando la mano al pequeño Henry.

—Déjanos pasar, Jack.

—¿Jack simplemente? —sonrió el hombre—. Ya puedes dar mi nombre completo, muñeca. Ya puedes decir que estás ante Jack Bogard, para que todo el mundo lo sepa.

El nombre del pistolero, por si alguien no lo conocía aún, produjo el efecto que éste deseaba. Inmediatamente los cuatro o cinco tipos que estaban allí cerca se evaporaron andando de puntillas, como si les quemasen los pies. Hombres que normalmente

hubiesen intervenido en una cuestión como aquélla, no quisieron enterarse de nada en cuanto supieron que el que hablaba era el mismísimo Bogard.

Ninguno de ellos, por supuesto, fue hacia la oficina del alguacil. Si la cosa fallaba, Jack Bogard balearía a los que le hubiesen delatado. Y el riesgo era demasiado grande para correrlo alegremente.

De modo que Irma se sintió instantáneamente sola en aquella ciudad que le era tan conocida. De repente se dio cuenta de que nadie iba a ayudarla, de que estaba tan a merced del pistolero como si ambos se hallaran en una isla desierta. Fenómeno común en las pequeñas ciudades del Oeste, el miedo podía a veces paralizar a los ciudadanos de tal modo, que éstos veían cometer ante sus ojos los crímenes más horribles sin atreverse a mover un dedo.

Porque el precio que hubieran tenido que pagar en caso contrario, era demasiado alto: su propia vida.

De todos modos, Irma quiso mantenerse serena. Repitió lentamente:

—He dicho que nos dejes pasar, Jack Bogard.

—Y yo opino que estás muy bien ahí. Puedo verte perfectamente, nena, como si estuvieras en un escaparate.

—Al menos no mezcles en esto al niño.

—Él también está muy bien ahí quietecito. No quiero que me ataquen por la espalda.

Irma miró instintivamente hacia la espalda del pistolero. Él estaba situado casi en la esquina de modo que tenía claramente un flanco descubierto al menos. Pero Irma sabía bien que aquella esquina daba ya a la llanura, poblada de sombras y por dónde no circulaba nadie. Era más que remoto que una bala justiciera viniera por allí. No había ni que pensar en eso.

Procurando dominar el temblor de sus labios, musitó:

—¿Qué quieres de mí?

—Te quiero a ti, nena.

—Sabes que soy una mujer casada.

—¡Qué divertido!

—Y sabes también que mi marido me defenderá si sabe que quieres ponerme tus sucias manos encima.

A Jack Bogard aquella frase debió parecerle la mar de cómica.

Aunque sin dejar de mirarla, lanzó una ronca carcajada que hizo estremecer sonoramente los cristales de la ventana contigua. Estuvo riendo durante un buen rato, mientras los labios de la mujer volvían a temblar. Incluso el revólver se movió en su mano, cuando intentó dominar la risa. Luego preguntó con voz ronca:

—¿De modo que tu marido va a defenderte? ¿Y dónde está tu marido, si puede saberse, preciosa?

—Está de viaje, pero puede aparecer en cualquier momento. Tú sabes que lo que digo es cierto.

—Muy bien, entonces que aparezca. ¡Llámalo!

Irma apretó los labios para no romper a llorar, mientras unas lágrimas de desesperación asomaban a sus ojos.

—No te acerques a mí, Jack. Lo lamentarás mil veces, lo pagarás con tu propia sangre cuando mi marido lo sepa.

Jack Bogard masculló:

—No estoy esperando otra cosa, nena. Quiero que lo sepa para que muera rabiando al enterarse de que has sido mía. Pero hay un procedimiento para que a él lo deje vivir… por ahora.

—¿Cual?

—Que no te pongas tonta. Podemos ir a aquel hotel de ahí enfrente —señaló aquél en que Kent había estado en primer lugar —, mientras el crío se entretiene en cualquier sitio. Es una proposición razonable, creo yo. A cambio de eso te prometo no meterme con tu marido… mientras él se porte como una persona sensata.

Las lágrimas de desesperación se hicieron más intensas en los ojos de Irma.

—¡Nunca! —gimió—. ¡Nunca…!

—Muy bien, preciosa; entonces irás a la fuerza. He venido solo para eso y no estoy dispuesto a perder el tiempo. ¡Andando!

Había levantado el revólver un poco. Irma tembló pensando en lo que iba a suceder.

Intentó separar al niño.

—¡Vete, Henry! ¡Vete!

Jack Bogard, con una fría sonrisa, levantó un poco más el revólver mientras lo desviaba hacia la cabeza del niño. Pero no llegó a disparar. En ese momento alguien hizo desde la esquina que daba a la pradera:

—¡Chist!

Bogard se volvió con expresión rabiosa, dispuesto a hacer fuego. Vio una figura borrosa que parecía surgir de la noche. De pronto, en fracciones de segundo, aquella figura pareció convertirse en una pieza de artillería. Tres detonaciones brotaron instantáneamente de su costado derecho. La cabeza de Jack reventó por tres sitios distintos.

Después de las detonaciones, y mientras la figura era tragada por las sombras, se produjo en la calle un espantoso silencio. Todo el mundo quedó inmóvil, como paralizado, mientras los ojos se dilataban y las gargantas quedaban secas.

Solamente Henry corrió hacia el lugar de donde habían partido los disparos. Regresó apenas un minuto más tarde llevando asombrado un cuchillo en su mano derecha.

—¡Mira, mamá, lo he encontrado ahí! ¡Y es el cuchillo de papá! ¡El cuchillo de papá…!

Irma sintió que le faltaba la respiración.

Aquella noche, después de mucho tiempo, el perro volvió a aullar otra vez en el silencio de la llanura.

CAPÍTULO X

Irma dijo al pequeño:

—¿Es que no te acuestas, Henry?

El niño estaba mirando a través de la ventana. Llovía suavemente, y las gotas de agua resbalaban con lentitud por los cristales. Más allá, las sombras de la noche parecían imprecisas y fantasmales como nunca.

El niño volvió la cabeza.

—Estoy oyendo aullar al perro, mamá.

En efecto, los aullidos, que parecían lúgubres y penetrantes, llegaban a través de la llanura mezclados con las ráfagas de lluvia. Irma, que tenía el rostro impenetrable y que no quería expresar sus emociones, dijo con una extraña suavidad:

—Yo lo oigo también, Henry. Pero de todos modos debes marcharte a la cama. Es muy tarde.

—Hacía tiempo que no aullaba el perro, mamá.

—Sí, así es.

—Desde que papá marchó para aquel viaje.

Irma se mordió el labio inferior, desviando la mirada.

—Sí.

—¿Qué habrá ocurrido? Él sólo aullaba así cuando papá llegaba y le traía su comida favorita. Es extraño, ¿verdad, mamá? Nuestro perro aúlla como si estuviera triste, cuando la verdad es que está contento. Yo pienso que…

—¿Qué piensas, Henry?

—Que ha vuelto a ver a papá otra vez. Que papá está en la ciudad, y que nos ayudó matando a aquel hombre. ¿Pero por qué no viene? ¿Por qué no se acerca aquí? ¿No sabe que le estamos esperando?

Ahora Irma apretó los labios. Su rostro parecía tallado en piedra, pero por su cerebro pasaba una terrible tempestad. Las mismas preguntas que se hacía el pequeño Henry se las había hecho ella ya. ¿Por qué no venía Pat Ransom? ¿Por qué había actuado en la noche, como un fantasma?

¿Por qué no volvía a su hogar, por qué no se acercaba al rancho donde su mujer y su hijo le estaban aguardando?

Henry insistió:

—¿Por qué no viene, mamá?

—No lo sé, Henry. Pero, si no lo hace, es porque tiene alguna razón. Quizá se encuentra en peligro.

—¿Qué clase de peligro, mamá?

—Eso no puedo decírtelo. ¡Si yo lo supiera…! Pero hemos de tener fe en lo que papá hace. Si él no viene por ahora, es que deben existir motivos muy poderosos para que actúe así.

—¿Pero por qué le ha visto el perro y nosotros no? Irma, presa de la horrible tensión de sus nervios, se llevó bruscamente las manos a los oídos, no queriendo oír al perro que seguía aullando a través de la llanura.

—¡Dios mío, Henry! ¡Calla de una vez! ¡No hagas preguntas que no puedo contestar! ¡No sé nada!

Los niños siempre tienen fe en sus padres, y cuando los ven desorientados, les domina la sensación de que el mundo entero vacila en torno suyo. Por eso Henry no pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas.

Silenciosamente, se alejó de la ventana para ir a su dormitorio, mientras hacía esfuerzos para que su madre no le viera llorar.

Irma tuvo la sensación de haber sido demasiado dura con él. Se acercó para acariciarle los cabellos.

—Oye, Henry…

—¿Qué, mamá?

—¿Tú recuerdas si papá, cuando se marchó, llevaba aquel cuchillo?

—¿El que encontré en la calle?

—Sí.

El pequeño pareció reflexionar un momento, y de pronto sus ojos se iluminaron.

—Sí, claro que lo llevaba. Ahora me acuerdo. Con él arrancó una

astilla que el caballo llevaba entre la herradura, mientras lo estaba ensillando para marcharse.

Irma suspiró. Ella recordaba también perfectamente aquel detalle, pero había pensado que quizá estaba confundida. Ahora que el pequeño lo había recordado también, ya no cabía la menor duda.

Pat estaba allí. ¿Pero por qué no venía? ¿Por qué se ocultaba como un malhechor?

Quizá por lo mismo que le había explicado Kent: Porque había tenido que matar a varios hombres, y ahora era ya un pistolero famoso. Desde luego, aquella noche había demostrado tener una puntería endiablada. Y tales cosas siempre traen complicaciones, de modo que quizá Pat se ocultaba por esa razón.

¿Y si intentara hablar de nuevo con Kent? ¿Y si le hiciese explicar a éste todo lo que sabía?

No. No valía la pena volver a ver a aquel granuja nunca más.

Mientras pensaba en esto acostó al niño, le hizo rezar sus oraciones, le besó y le hizo prometer que si oía cualquier ruido extraño —como de alguien que anduviera por los alrededores de la casa—, la llamaría inmediatamente.

Luego quiso acostarse ella también, pero no pudo. Lo que había ocurrido aquella noche la obsesionaba. Fue a la cuadra, por si podía recordar algún detalle más acerca del cuchillo. Esto era de una tremenda importancia para ella.

Entró.

La cuadra estaba completamente a oscuras. Como vivía sola con Henry, no dejaba luces para no llamar la atención durante la noche. Oyó a los caballos resoplar inquietos, y su belfo caliente llegó hasta ella a través de las tinieblas.

Pero de pronto tuvo una sensación enervante, extraña.

Alguien más estaba allí.

Alguien que se encontraba quieto, agazapado, y que respiraba de distinto modo. Que respiraba como un hombre.

Irma estuvo a punto de lanzar un grito. De pronto alguien se movió frente a ella. Una forma humana llegó a rozarla.

La mujer sintió que se tensaban sus mandíbulas. Preguntó apenas con un soplo de voz:

—¿Quién es usted? ¿Quién está ahí?

Nadie contestó. Pero oía aquella respiración cada vez más

agitada a través de las tinieblas.

Irma llamó, ahora con voz más fuerte:

—Pat…

Tampoco contestó nadie.

—Pat, por Dios… ¿Por qué no me hablas? ¿Por qué te ocultas como si fueras un leproso?

De pronto sus mismas palabras parecieron saltar a los ojos de la mujer. Un leproso… ¿Y si Pat se ocultaba por eso? ¿Y si en su viaje había contraído alguna terrible enfermedad y ésa era la causa de que no quisiera acercarse a ellos?

La espantosa sospecha la hizo vacilar. Sintiendo que sus rodillas temblaban, imploró de nuevo:

—Pat, sea lo que sea… Si hay alguna razón para que no quieras mostrarte a nosotros háblame al menos… ¡Háblame! Tu hijo y yo te necesitamos, y tú nos has ayudado esta misma noche… Te prometo que seré discreta, si es que tienes algo que ocultar… ¡Pero háblame!

El mismo silencio la respondió. Ahora era un silencio espantoso, denso, porque ni siquiera los caballos resoplaban. La respiración humana pareció alejarse poco a poco.

Ella imploró por última vez:

—¡Pat…!

En aquel momento la puerta que había al fondo de la cuadra, y que servía para casos de emergencia, como, por ejemplo, un incendio, se abrió bruscamente. Una figura humana, en este caso una figura de hombre, se recortó apenas unos segundos en el marco de aquella puerta. Si hubiese sido de día, Irma la hubiera reconocido con facilidad, pero la noche era lluviosa y oscura como una tumba. Lo único que pudo ver fue que se trataba de un hombre, y seguramente un hombre joven, porque se movía con agilidad. Pero nada más.

Inmediatamente la puerta volvió a cerrarse y todo volvió a quedar tan oscuro y siniestro como antes. Los caballos, inquietos, resoplaron otra vez y su belfo llegó hasta el rostro femenino.

Durante un largo minuto, tal vez dos, la muchacha quedó paralizada. Las rodillas se negaban a sostenerla.

Pero, pasado ese tiempo, comprendió que tenía que reaccionar. Si Pat estaba allí, no podía permitir que se alejase.

Salió ella también por la puertecilla secundaria y miró en torno.

Pero no vio a nadie. La noche seguía siendo oscura como una tumba.

Ni siquiera había huellas. El que fuese, había caminado sobre la hierba, para que el relieve de sus botas no quedara marcado en el fango.

Irma, desalentada, llena de mil temores inconcretos, comprendió que sólo un hombre podía darle tal vez, informes más concretos en aquellas circunstancias. Y ese hombre era Kent, el único que había demostrado saber algo de su esposo.

De modo que Irma ensilló un caballo, montó en él y salió del rancho silenciosamente.

CAPÍTULO XI

Kent tuvo la sensación de que alguien se encontraba cerca de él, casi junto a la cabecera de su lecho, cuando oyó un leve roce sobre el suelo de madera.

Su primera reacción, casi instintiva, fue apoderarse del revólver que tenía bajo la almohada, pero comprendió que el que hubiera conseguido llegar hasta allí tendría tiempo de balearle antes de que hiciese un movimiento.

Por lo tanto, se limitó a decir:

—Vamos, amigo, tire de una vez, pero al menos acierte a la primera.

Una voz femenina preguntó:

—¿Qué quiere que le tire? ¿Una silla por la cabeza?

Kent, que dormía vestido, dio tal salto que quedó sentado en el lecho, con los ojos abiertos y redondos como platos.

Vio a Irma allí. Vio sus labios rojos, su busto jadeante, sus maravillosas caderas de estatua. Vio todo lo que ella enseñaba y adivinó todo lo que no quería enseñar. Y sus pensamientos fueron tan lejos que prefirió cerrar los ojos para que ella no lo notase.

—¿Qué hace aquí? —preguntó en voz baja.

—He venido a hablarle.

—¿Y cómo la han dejado entrar? Me han dicho que éste era un hotel donde un hombre… ¡ejem…!, decente como yo, podía dormir tranquilo.

—El que dormía era el dueño. Estaba tumbado en un banco cerca de la entrada, y le juro que entre un tronco y él no había ninguna diferencia.

En la habitación entraba una cierta claridad procedente de la calle, pero aun así Kent encendió el quinqué que estaba sobre la

mesita contigua a la cama, y luego se calzó las botas sin dejar de mirar a la mujer.

Luego clavó los ojos en los suyos.

—¿Y no sabe usted que es peligroso penetrar en la habitación de un tipo con tan mala fama como yo?

—No me preocupa; llevo un revólver.

—Muy bien, pero prométame que no me hará nada. Sé que soy guapo, ¿comprende?, y me dan miedo las mujeres porque todas se aprovechan de mí. No me toque ni un pelo de la ropa.

—Habla como una tierna doncella, Kent. Lo cual me hace comprender que, además de ser un sinvergüenza, es usted un farsante.

Kent se puso en pie y se apoyó de costado en una pared, con las manos en los bolsillos. Así, con su alta estatura, dominaba a la mujer, que retrocedió ante la fuerza de su mirada y terminó sentándose en una de las sillas.

—¿Por qué quería hablar conmigo, Irma? —preguntó suavemente, cambiando de pronto el tono de su voz.

—Esta noche mi marido ha matado a un hombre.

—No es el primero, Irma. Se lo dije.

—Me cuesta creer que mi marido pueda ser un pistolero. No puede haberse convertido en eso de la noche a la mañana. Siempre fue un hombre pacífico y que más bien pecaba por falta de decisión.

—Claro… Eso le parece a usted una razón suficiente. Pues está lista hermana. Si hubiéramos de guiarnos por ese criterio, resultaría que no ha habido nunca pistoleros en el Oeste. ¿Quién era Jesse James, sino un tranquilo hijo de familia que vivía en una granja? ¿Y qué me dice de Billy el Niño? ¿No era un muchachito pacífico que idolatraba a su madre? ¿Y de Wild Bill Hitchtcock? ¡Si hasta aseguran que era un verdadero *gentleman*! No, princesa, no. Nadie puede saber de lo que es capaz un hombre hasta que éste se ve en peligro de muerte. Y su marido cambió cuando supo lo que era apretar un gatillo. A veces se cambia en dos minutos.

Ella suspiró con desaliento.

—¿Por qué se oculta? ¿Por qué no viene a verme?

—No me pregunte eso a mí. ¡Yo qué sé!

—Es que tengo la sensación de que no me contó toda la historia. De que usted sabe acerca de mi marido más cosas de las que

explicó. Debe haber alguna razón muy poderosa para que él se oculte.

Palpitaba la ansiedad en la voz de la mujer. Kent sintió en el fondo una oscura envidia, porque aquella ansiedad estaba originada por otro hombre. Cerró un momento los ojos.

—¡Hable! —apremió ella—. ¡Hable!

—No puedo decirle una palabra más.

—¡Pero usted sabe algo! ¡Sabe algo y no quiere hablar!

Se notó la tensión en el rostro de Kent, se pudo ver claramente que luchaba contra sus pensamientos y contra sí mismo.

—Hay una razón —dijo al fin, haciendo un esfuerzo, como si le costara pronunciar aquellas palabras.

—¿Cuál es esa razón? ¿Por qué no quiere vernos? ¡Por Dios, hable!

—No quiere verles —dijo suavemente—, porque sabe que si se acerca a ustedes les ocasionará la muerte.

CAPÍTULO XII

Ella quedó atónita, parpadeante, mirándole sin comprender.

Durante un largo minuto permaneció en silencio, intentando poner en orden el caos de sus pensamientos.

—¿Dice que nos causará la muerte? —preguntó al fin—. ¿Por qué? ¿Es que acaso se ha vuelto loco?

—No, no es eso.

—Entonces… está enfermo.

Kent asintió gravemente:

—Sí.

—¿Alguna enfermedad… terrible?

—Según cómo se mire.

Irma dio rienda suelta a los terribles pensamientos que la habían dominado antes en la cuadra, cuando notó la respiración de un hombre que se negaba a tocarla. Aquellos pensamientos se resumieron en una sola y angustiosa pregunta:

—¿Es… lepra?

—¿Por qué piensa eso?

—Hubo algún caso por aquí. Oí rumores. Si Pat no se acerca a nosotros es porque ha contraído una enfermedad así y teme contagiarnos.

—No, no es lepra —dijo Kent lentamente—. En ese sentido no tema. No es nada incurable.

—¿Entonces…?

—Le parecerá extraño, ¿verdad? Lo que Pat padece es una variante del cólera. No en su grado agudo, ni mucho menos, y por eso tengo la seguridad de que se curará. Pero debe permanecer rigurosamente aislado. Cualquier contacto con la gente podría desencadenar una auténtica epidemia, y supongo que él no quiere

que esa epidemia empiece precisamente por su mujer y su hijo. Por eso no se acercará a ustedes hasta tener la seguridad de que no es contagioso.

Irma apretó los labios en una mueca de angustia, haciendo terribles esfuerzos para contener el llanto.

—¡Dios mío! —balbució—. ¡Pero Pat no puede estar solo! ¡Debe sufrir horriblemente y necesita mi ayuda! ¡Mi deber es acudir junto a él!

Ahora fue Kent el que apretó los labios en una extraña mueca.

—Le quiere mucho, ¿verdad?

—Es mi marido.

—Sólo eso no basta. Usted podría cruzarse ahora de brazos y no ocurriría nada. Sin embargo, no piensa hacerlo; desea acudir junto a él. ¿Por qué? ¿Lo hace por amor, lo hace por compasión o simplemente porque es su deber?

Ella balbució:

—Eso no le importa.

—Tiene razón —dijo Kent con lentitud, pensativamente—. No me importa.

Pero había algo muy extraño en sus ojos. Algo que Irma no supo adivinar ni siquiera cuando le miró directamente, cuando se hundió en el océano gris de las pupilas del hombre.

—¿Cómo sabe usted eso, Kent? —preguntó—. ¿Se lo ha dicho él mismo? Usted sabe demasiadas cosas de mí marido. ¿Por qué?

—No olvide que he estado recorriendo el Oeste durante mucho tiempo, de condado en condado, eludiendo la ley. Durmiendo al raso y trotando por los caminos, uno se tropieza con gente muy rara y se entera de muchas cosas. He sabido lo de su esposo porque él es ahora un pistolero muy conocido; seguramente si hubiera sido un vaquero insignificante nadie hablaría de él. Pero ahora es distinto.

Irma se estremeció bajo el influjo de aquel pensamiento que no acababa de penetrarla. ¿Por un pistolero? ¿Podía ser Pat un hombre de esos que crean leyendas en las tierras del Oeste?

Barbotó:

—¿Cómo pudo él sufrir ese contagio? No se ha hablado de ninguna clase de epidemia por estos contornos.

—Creo que fue a consecuencia de una cuchillada.

—Entonces está herido…

—No, no es eso. Estoy hablando de una cuchillada sin importancia que le contagió la enfermedad. Y como Pat está aislado y sólo ve al médico que le atiende, no se ha propagado por ahora ninguna clase de epidemia.

Irma bajó la cabeza, aliviada y angustiada a la vez.

—De todos modos, es horrible… Debe ser angustioso para él estar y no poder hablarnos, no poder ver —nos siquiera…

—¿Y para usted? ¿Es angustioso para usted, Irma?

Ella alzó la cabeza vivamente, mirándole otra vez al fondo de los ojos.

—¿Por qué me pregunta eso?

—No lo sé… Le juro que no lo sé.

Temblaron los labios de la mujer. Hubo en su mirada una dolorosa intensidad al cruzarse con la mirada del hombre.

—¿Ha sido usted feliz, Irma?

—Tengo a mi hijo…

—No le pregunto si es usted feliz. Ya supongo que su hijo contribuye a darle la dicha. Le pregunto si «lo ha sido». Si hubo un tiempo en que encontró la felicidad junto a Pat.

—Usted no tiene derecho a preguntarme eso.

Kent susurró:

—Lo sé.

Había también un temblor en sus labios, una extraña y dolorosa intensidad en su mirada.

—No ha sido feliz —balbució—. Ya lo veo.

—Eso no importa a nadie excepto a mí.

—¿Por qué se casó con Pat, si no le amaba?

—¿Cómo sabe que no le amaba? —Y dándose cuenta de que había cometido un desliz, la mujer rectificó rápidamente—: ¿Por qué supone eso?

—Se nota. Se nota en sus ojos, en su cara. Usted nunca ha sido feliz.

Irma tembló.

El suave temblor de su cuerpo pareció transmitirse a la luz que cortaba en dos la habitación, creando entre el hombre y la mujer un arco de penumbra. Los dos veían el brillo de sus ojos, notaban la palpitación casi invisible de sus labios. Ambos parecían respirar aquel aire cargado de una extraña pasión que les envolvía sin

quererlo.

Irma susurró:

—Si nunca he sido feliz, es asunto mío.

—Lo comprendo.

—Usted no es más que un repugnante violador de mujeres.

Kent cerró los ojos un momento.

—Lo sé.

—Por eso voy a marcharme; No sé a qué he venido aquí. Creo que he cometido la peor equivocación de mí vida.

—Se lo dije al entrar —musitó él—. No debió haber venido. Pero ya que está aquí no se vaya al menos con miedo. Ya ha visto que no le he tocado un pelo de la ropa.

—¿Debo agradecérselo?

—No. Desde luego, no debe agradecérmelo —susurró él—. Es que no me gustaría tener que entendérmelas con su esposo.

Ella se estremeció de nuevo.

—Pero cuando llegue su banda será distinto, ¿verdad? ¿No esperaba usted a su banda?

—Así es.

—¿Cuántos granujas la componen?

—Cinco.

—Bonito grupo. ¿Y todos tienen el mismo asqueroso vicio?

—No vivimos para otra cosa.

Irma sintió como si por su espina dorsal pasara como un frío ramalazo de horror. Por un momento había incluso llegado a creer en aquel hombre, había llegado a olvidar su espantoso pasado, del que ella misma estuvo a punto de ser una víctima. Pero aquella confesión fría, demasiado sincera, le había causado una sensación de horror.

Abrió la puerta.

—De todos modos, no debe preocuparse —musitó Kent—. Su marido estará siempre cerca de usted; lo sé. Y el revólver de Pat es de los que no perdonan.

Irma no contestó.

Abrió la puerta y salió silenciosamente. Abajo, en la entrada del hotel, el dueño seguía durmiendo como un tronco.

La noche era fría, aunque ahora ya había dejado de llover. No se sabía por qué, en la silenciosa ciudad se presagiaba un peligro.

Pero Irma se sentía confortada por las últimas palabras de Kent. Su marido la salvaría siempre. Nadie podría nada contra ella, nadie podría vencer a aquel revólver que no perdonaba.

Montó a caballo y se alejó en dirección a su rancho. Las zonas que atravesaba eran cada vez más solitarias y más abruptas. Tenía el corazón encogido no sabía bien por qué. Cuando llegó a la vista de su pequeña hacienda, se tranquilizó.

Pero fue entonces cuando allá a lo lejos, en las colinas, creyó escuchar un grito.

El grito desgarrado, de una mujer en peligro.

CAPÍTULO XIII

El grito se repitió.

Provenía de una colina situada a su izquierda, no lejos de allí, y sin duda lo lanzaba una mujer a la que debía acechar el más terrible de los peligros.

Irma detuvo su caballo.

Ella estaba sola y no tenía más que un «Derringer» de dos balas, con el cual poca cosa podía hacer. Además, estaba su hijo, por el que debía velar; no podía exponerse a dejarlo solo. Sin embargo, instintivamente desvió su caballo hacia aquella colina.

Si alguna mujer estaba en peligro, debía ayudarla. Si alguien iba a morir, debía intentar salvarle la vida.

Remontó la colina a gran velocidad, hasta llegar a pocos metros de la cresta, y entonces los gritos se repitieron, mezclados y continuó subiendo a pie para no causar ningún ruido que delatara su presencia.

Justamente al llegar a lo alto de la colina, se dejó raer entre unos arbustos. Lo hizo en parte para ocultarse y en parte porque sus rodillas se negaron de pronto a sostenerla.

Allí había varios jinetes.

Cinco.

De entre ellos llamaba la atención uno por su estatura descomunal, gigantesca, ciclópea. Era un tipo de estatura y anchura descomunales, cuyos puños, grandes como mazas, parecían capaces de producir la muerte al primer golpe. Precisamente era ese hombre el que iba a descender del caballo.

Los otros rodeaban con sus caballos a dos seres que, por lo visto, habían sido detenidos en su viaje por los cinco jinetes. Esos dos seres eran un hombre y una mujer.

El hombre fuerte y alto; la mujer joven y bonita.

Por lo visto era ella la que más fuertemente llamaba la atención de los jinetes, cuyas miradas ardientes rodeaban su cuerpo como llamaradas.

Irma recordó súbitamente lo que le había dicho Kent acerca de su banda: que la formaban cinco hombres.

Y éstos, eran cinco.

Por si aún podía caberle alguna duda, el gigante dijo mientras lanzaba una carcajada:

—¿Sabes quiénes somos, muñeco?

El hombre que acompañaba a aquella muchacha y que tenía de todo menos de muñeco, respondió:

—No lo sé ni me importa. Déjanos seguir.

—Yo me llamo Charlie.

—¿Y qué?

—Nuestro jefe es muy conocido por aquí. Se llama Kent Latimer.

La muchacha lanzó un gemido.

—¡Kent Latimer! Dios mío… Ese hombre es… es… Charlie se abalanzó sobre ella rodeándola salvajemente por la fina cintura.

—Es lo mismo que yo, nena.

Los otros cuatro jinetes lanzaron al unísono una carcajada, mientras veían a la muchacha debatirse entre los brazos poderosos de su compañero.

Uno de ellos gritó:

—¡Nosotros después, Charlie!

Irma sintió que la sangre le quemaba en las venas. La muchacha había sido derribada a tierra. El hombre que la acompañaba intentó defenderla, atacando con los puños a Charlie, pero éste le envió a tierra de un zurdazo impresionante.

Y le dejó levantarse.

Charlie parecía divertirse enormemente con aquella escena. Parecía encontrar un satánico aliciente en ella. Cuando su enemigo le atacó otra vez, él le recibió con un crochet al estómago, que le hizo doblarse. Después, con un gancho escalofriante, le destrozó el mentón. El hombre, en un resto de gallardía, no quiso caer, y mientras su compañera chillaba, él aún intentó defenderla. Charlie rió brutalmente mientras le golpeaba a placer, enviándole contra las patas de los caballos de sus amigos, que a su vez le rechazaban

hacia adelante para que no cayese. Los golpes, secos y terribles, producían un macabro chasquido en la noche. Irma se dio cuenta de que a aquel hombre le estaban rompiendo as huesos y toda su alma, toda su sangre, gritó: «¡No! ¡No! ¡Nooooo…!»

Bajo un último y espantoso golpe de Charlie, el hombre cayó a tierra con los brazos dramáticamente abiertos en forma de cruz. Irma, que nunca había visto matar a un hombre a golpes, se dio cuenta, con terrible angustiosa sensación, de que aquél estaba muerto.

Sus labios apenas pudieron sollozar:

—¡Dios mío…!

Ahora la chica estaba sola. Ahora nadie podía defenderla. Nadie… excepto ella. Ella con su pequeño revólver que sólo cargaba dos balas.

Durante un dramático minuto, un breve minuto que, sin embargo, se hizo interminable, nadie en el grupo pareció moverse.

Y entonces la muchacha se arrodilló junto al caído. Le cerró los ojos con una dramática lentitud, con una piedad que dejaba encogida el alma. Ni una lágrima brotó de sus ojos, ni un gemido escapó de sus labios prietos mientras juntaba también las manos del muerto cruzándolas sobre su pecho.

Aquella escena silenciosa y terrible hubiera conmovido a una hiena, pero no impresionó para nada a aquellos esbirros capitaneados por el gigantesco Charlie.

Fue éste el que primero tiró de la muchacha, desgarrando su vestido y haciéndola rodar sobre la hierba.

—Bueno, nena, no perdamos más tiempo. Ya está bien…

Ella lanzó un grito breve, entrecortado, lleno de desesperación, mientras sentía la mirada pegajosa, de Charlie, resbalar por encima de su cuerpo.

—No me toque… ¡No me toq…!

Uno de los jinetes apremió:

—Vamos, Charlie, no pierdas más tiempo. La chica nos gusta a todos. Debes darte prisa.

Los dientes de Irma rechinaron en la oscuridad. Supo que lo que iba a hacer la perdería para siempre. Supo que sólo podría matar a dos hombres, por mucha suerte que tuviese, y aún quedarían tres para violarla a ella e incluso asesinar luego a su hijo. Pero no podía

dejar que aquello ocurriese delante de sus ojos. ¡No podía!

Al menos aquel gorila llamado Charlie se iría al infierno primero…

Extrajo el revólver y le apuntó a la cabeza. Al centro de la cabeza. Fue a apretar el gatillo mientras un resplandor de odio brillaba en sus pupilas.

Pero no llegó a disparar.

No llegó a hacerlo porque entonces ocurrieron dos cosas muy sencillas y sin embargo estremecedoras.

Primera, el perro empezó a aullar en la lejanía.

Y segunda, todos oyeron una carcajada macabra que parecía llenar la noche, que parecía hacer temblar el aire alrededor de la colina.

CAPÍTULO XIV

Los cinco jinetes se inmovilizaron de pronto, como si a los cinco a la vez les hubiera alcanzado una descarga eléctrica, convirtiéndolos en estatuas de carbón.

Irma detuvo el movimiento de su dedo índice, que iba ya a apretar el gatillo, sintiendo que se le helaba la sangre en las venas.

Aquella carcajada podía ser cualquier cosa menos una broma. Era un sonido que parecía venir del Más Allá. Era como una amenaza macabra que parecía traída por la misma Muerte.

Los cuatro hombres que aún estaban a caballo sacaron, sus revólveres. Charlie fue el único que no se movió, quedando desconcertado.

Por lo visto se sentía mucho más fuerte con los puños que con el «Colt», y le desorientaba un enemigo al que no tenía a su alcance.

—¡Bueno! —aulló al cabo de unos segundos—. ¡Yo voy a quedarme junto a la chica! ¡Dispersaos vosotros para ver quién es el que tiene ganas de meter ruido ahora!

Los cuatro jinetes obedecieron como un solo hombre. Aunque no veían a su extraño enemigo, salieron a buscarlo por los cuatro puntos cardinales. Irma tuvo que agazaparse bien entre los matorrales para que no la viera uno de los jinetes, que pasó casi rozándola.

Durante unos segundos se produjo un incomprensible, un inquietante silencio.

El perro había dejado de aullar. Los caballos pisaban hierba y por eso no producían ruido con sus cascos. Hasta el viento fresco y rumoroso de la noche había cesado de pronto.

Y entonces uno de los jinetes vio al que había reído. Fue el que acababa de encaminarse en dirección sur.

Aulló:

—¡Aquí, muchachos! Aquí…

Irma se volvió de pronto para mirarle, exponiéndose incluso a ser vista. Distinguió la figura del jinete que sacaba el revólver y hacía fuego. Justo en aquel momento sonaron dos detonaciones y su cabeza pareció estallar en cien pedazos.

Igual que si una granada hubiera hecho explosión dentro de su cráneo.

Irma lanzó un grito que nadie oyó porque se mezcló al alarido agónico del pistolero. Los otros encabritaron sus caballos, desorientados, mientras miraban hacia allí.

No pudieron ver al tipo que había hecho los dos disparos con aquella macabra puntería. No pudieron ver nada, excepto a su compañero que caía de la silla convertido en un pelele sin cabeza.

Charlie aulló:

—¡Es un solo hombre, infierno! ¡Todos contra él! ¡Vamos, imbéciles! ¡Echadle los caballos encima!

Uno de ellos masculló:

—Si al menos lo viésemos…

Pero obedecieron las órdenes de Charlie, quien en ausencia de Kent Latimer era, por lo visto, el jefe. Todos se reunieron y galoparon salvajemente en dirección adonde, estaba su compañero muerto.

Irma, abandonando toda precaución, alzó la cabeza para ver qué ocurría. Y a pesar de su privilegiada posición, no pudo ver tampoco al hombre que acababa de disparar.

El viento volvió a soplar de pronto. Ahora removió los arbustos con fuerza huracanada y arrancó el sombrero de la cabeza de uno de los jinetes.

Dio la sensación de que había sido una bala.

Todos miraron hacia allí, mientras uno gritaba:

—¡Cuidado!

De pronto sonó una detonación y el proyectil atravesó la mandíbula al hombre que acababa de hablar. Se oyó un espantoso chasquido de huesos, mientras la bala, disparada de abajo a arriba, salía por la parte superior de la cabeza del pistolero. Éste ni siquiera tuvo tiempo de lanzar un aullido. Como si una mano invisible lo levantara, salió disparado de la silla, se mantuvo en el aire durante

unas trágicas fracciones de segundo y luego cayó desmadejado a tierra.

En pocos instantes habían muerto dos hombres. Los otros dos que quedaron con vida, aparte de Charlie, se miraron con estupor, mientras un sudor helado saltaba materialmente a sus sienes.

Irma se dio cuenta de que el que había hecho los disparos tenía que ser un gun-man diabólico. No se sama desde dónde tiraba, pero tenía que ser a una cierta distancia, y además con una fantástica rapidez. En esas condiciones, el que todas las balas se llevaran por delante una parte de las cabezas de sus enemigos, resultaba admirable y terrible a la vez.

Irma movió la cabeza al oír un grito.

Los dos jinetes parecían haber visto de pronto a su desconocido enemigo. Se encorvaron rabiosamente sobre los cuellos de sus caballos, mientras hacían crepitar las armas.

Irma llegó a ver una sombra que saltaba. Una sombra negra que parecía formar parte de la noche.

De las entrañas de la noche brotó una luz anaranjada, y un sombrero saltó por los aires con toda su parte interior tinta en sangre. Su dueño se llevó las manos a la cara y saltó por delante del caballo mientras lanzaba un grito. Dio una extraña vuelta de campana y, cuando cayó al suelo, estaba ya muerto.

El otro jinete se lanzó como una flecha, sabiendo que su única posibilidad de sobrevivir estaba en ser más rápido. Hizo un quiebro y desapareció tras unos matorrales. Fue allí donde llegó a ver, seguramente, el rostro de su enemigo.

Una especie de aullido agónico surgió de aquella zona.

—¡No! ¡Nooo…!

Era un grito de incredulidad, de estupor, de muerte. Sonó una detonación y se vio al último jinete saltar hacia atrás. Parecía como si un huracán lo arrastrase Dio dos vueltas por el suelo, llevándose ambas manos al vientre, mientras aullaba como un poseso, y de pronto, con un último espasmo, quedó espantosamente quieto.

Un silencio angustioso, obsesionante, se hizo entre las colinas. Hasta el viento pareció cesar otra vez.

Irma respiró jadeando, como si acabase de terminar una larga

carrera, mientras miraba los muertos.

De pronto volvió la cabeza. Charlie ya no estaba allí.

Al ver a sus amigos muertos, había huido como un cobarde.

Sólo la mujer a la que intentó ultrajar estaba allí, de rodillas sobre la colina, llorando silenciosamente.

Irma se acercó a ella.

—Mi rancho está muy próximo aquí —balbució—. ¿Por qué no me acompaña? Tengo mi caballo al pie de la colina. Entre las dos podremos cargar a su marido y enterrarlo. Porque era su marido, ¿verdad?

La mujer asintió silenciosamente, mientras por sus mejillas seguían resbalando las lágrimas.

Capítulo XV

Cuando llegaron al rancho, el pequeño Henry estaba despierto. Acostumbrado a la vida del Oeste, no se sorprendió demasiado al ver llegar a su madre con una mujer desconocida y llevando un cadáver doblado sobre la silla.

Únicamente dijo:

—He oído disparos, mamá.

—Sí, hijo, pero no debes preocuparte. Vamos, acuéstate.

—Y también he oído aullar al perro.

En contra de su voluntad, Irma se estremeció.

—Acuéstate, Henry.

—¿Significa esto que papá está aquí?

—No lo sé, Henry. Vamos, no me hagas hablar más.

Ella misma llevó al niño a la cama, a pesar de saber que el pequeño no lograría dormirse. Luego ayudó a su nueva amiga a descargar el cadáver y le dijo que debía descansar. Ya darían sepultura al muerto a la mañana siguiente, cuando hubiese luz.

—Como… como usted quiera —se limitó a decir la mujer.

—Ahora le prepararé café con una buena ración de licor. Eso la confortará, estoy segura.

—No quisiera tomar nada.

—Pero lo necesita. Luego le prepararé una cama; verá cómo mañana le parece todo menos siniestro.

A la mañana siguiente en efecto, hacía un resplandeciente sol. A pesar de eso, las dos mujeres se levantaron pálidas como muertas. El mismo Henry tenía ojos de sueño, señal evidente de que no había podido dormir.

La mujer había tomado una pala para empezar a abrir la fosa. Irma se la retiró suavemente de las manos.

—Déjeme hacer a mí. Usted sólo debe preocuparse de descansar ahora.

Clavó la pala en el suelo y levantó un poco de tierra. Pero apenas lo había hecho cuando alguien le retiró la herramienta de las manos a ella también.

Irma se volvió sorprendida. Vio junto a ella el cuerpo musculoso de Kent, que la miraba con rostro inexpresivo.

—Déjeme a mí, por favor.

Irma se retiró dos pasos, mientras por sus ojos parecía pasar una nube de sangre.

—¿Sabe que anoche alguien aniquiló a casi toda su banda? —preguntó hirientemente.

—Sí; he visto los cadáveres.

—¿Y no le importa?

—Son gajes del oficio. Ya se sabe que los granujas tenemos que morir alguna vez.

Y siguió silenciosamente trabajando para abrir la sepultura. Se oyó un sollozo desgarrado de la viuda a espaldas suyas. Irma se la llevó de allí, poco a poco, intentando consolarla.

Cuando Kent iba a cubrir el cadáver, se le aproximó el pequeño Henry.

—Hola.

—Hola, pequeño. Mejor que no veas estas cosas ¿eh?

—He visto muchos muertos, pero no tengo miedo.

—Eso me alegra.

—No tengo miedo porque mi papá me defiende. Ahora que él ha vuelto, no nos puede pasar nada.

Kent movió la cabeza para acariciarle los rubios cabellos con extraña suavidad.

Esto está bien dicho, Henry. Tú debes confiar siempre en tu padre. ¿Pero qué llevas ahí? ¿Qué es eso? ¿Un retrato?

—Un retrato de papá. El único que hay. Quiero que tú lo veas.

Se lo mostró. Era un daguerrotipo muy bien hecho de un hombre que parecía estar limpiando su revólver. Durante un largo minuto Kent lo estuvo mirando silenciosamente, mientras apretaba los labios. Luego se lo devolvió al muchacho con una sonrisa.

—Anda, guárdalo. Estas cosas tienen que estar siempre bien guardadas, porque pueden perderse. Dáselo a tu madre.

El pequeño desapareció, y al regresar unos minutos más tarde, se dio cuenta de que habían ocurrido dos cosas: Primera, que Kent había terminado de enterrar al muerto; segunda, que se alejaba rápidamente en su caballo, sin despedirse de nadie.

Llamó a su madre.

—Mamá, Kent se marcha.

Por unos instantes pasó una nube gris, triste, por los ojos de la mujer.

Pareció hacer un esfuerzo cuando dijo:

—Está bien. ¿Y qué? Déjale que se vaya.

—Es que parece como si estuviera enfadado. Le he enseñado el retrato de papá y de pronto se ha ido…

Ella tragó saliva.

—¿Le has enseñado un retrato de papá?

—Sí, el único que tenemos.

—Muy bien… —de pronto un pensamiento estremecedor parecía haber pasado por el cráneo torturado de la mujer—. Voy a preparar un caballo, Henry. Tú me acompañarás porque no quiero volverte a dejar solo. Iremos detrás de ese hombre.

Capítulo XVI

En el pequeño cementerio había tres tumbas juntas, y las tres eran las más recientes.

En la suave quietud de la mañana causaba un efecto extraño aquel rincón del cementerio, tan abandonado y silencioso, con sólo las tres tumbas con tres lápidas pagadas por el Municipio, señal evidente de que los muertos no habían tenido un solo familiar que reclamara sus cadáveres.

Aquel hombre alto, fuerte, casi hercúleo, que llegó sudoroso hasta allí, en un caballo ya jadeante, miró las tumbas y descargó la pala que se había llevado del rancho de Irma. Entonces empezó a hacer algo que era justamente lo contrario de lo que ordenaban las leyes cristianas: desenterrar a los muertos.

Una expresión sombría, casi siniestra, iba cubriendo el rostro del hombre a medida que avanzaba en su macabro trabajo.

Tuvo suerte y no hubo necesidad de que abriera los tres ataúdes de madera sin barnizar. En el primero de ellos ya encontró a su hombre. Había empezado el proceso de descomposición, pero sin embargo se le reconocía perfectamente.

Con una expresión atónita en sus ojos, con un rictus macabro en sus labios, Kent cerró el ataúd y dejó caer la pala, como si le faltaran las fuerzas para sostenerla.

Fue entonces cuando oyó aquella voz:

—¿Es él, verdad?

Kent se estremeció, mientras alzaba la cabeza. Estaba tan absorto que no había oído llegar a la mujer y al niño por entre los árboles del cementerio. Y ahora los dos estaban allí, mirándole detrás del montículo de tierra, quietos como dos estatuas, acusadores como dos fiscales.

Sobre todo, el niño, cuyos ojos inocentes indicaban que no comprendía nada. Sobre todo, los ojos del pequeño Henry, que en su misma dulzura atravesaron y llenaron de vergüenza hasta el fondo de las entrañas de Kent.

Éste movió la cabeza lentamente.

—Sí… Es él.

—Lo imaginaba —la voz de Irma era metálica como el golpe de un puñal.

Durante unos segundos reinó el silencio entre ellos. Durante un tiempo que les pareció muy largo, sólo se oyeron las campanas de la iglesia de la población, que llamaban a oficio. Aquellas campanas resonaron en el fondo del cerebro de Kent, lentas y pesadas como mazas.

Luego ella musitó:

—¿Lo sabías?

—No, no lo sabía. Por eso he venido aquí para asegurarme. Lo he pensado al enseñarme el niño su retrato…

—¿Por qué fingiste que él vivía?

—Creía que realmente estaba de viaje, o que te había abandonado por una temporada, y me di cuenta de que habías perdido la fe en él. Eso… eso es lo peor que puede ocurrir en un matrimonio que tenga hijos. Me dije a mí mismo que era Una buena obra hacerte recobrar aquella fe, para que cuando él volviera no se deshiciese vuestro hogar. Por eso te expliqué aquella historia de que era un auténtico gun-man, y fingí también que era él quien te salvaba dos veces. Para justificar el que no se hiciera visible, tuve que inventarme lo de la enfermedad.

Hundió la cabeza lentamente, mientras miraba a la mujer, y sobre todo al niño, con una honda vergüenza.

—¿Encontraste aquel cuchillo en la cuadra, verdad? —preguntó al cabo de unos instantes.

—Sí. Tu esposo debía haberlo olvidado allí. Lo encontré por casualidad, al pasar la noche en la cuadra.

—¿Estuviste también anoche en ella? Un hombre casi llegó a rozarme.

—No, no fui yo… Supongo que debió ser uno de los compañeros

de Charlie, uno de los que ahora están muertos. Debió entrar allí para observar el terreno, pues el tuyo era el único rancho de las cercanías y, no sabiendo si estabas acompañada, debió optar por la huida, no queriendo comprometerse de momento.

Ella tragó saliva con angustia. Se notó la tensión de los músculos de su cuello.

—¿Y lo del perro? —musitó—. ¿Cómo fue posible lo del perro?

—Muy sencillo. El vuestro tenía la costumbre de aullar cuando se sentía satisfecho. Me bastaba llevarle comida apetitosa en los momentos oportunos. El mismo Henry, al explicarme lo de sus aullidos, me dio la idea.

Ella apretó los labios.

—¿Y todo eso… todo eso lo hiciste para salvar a un matrimonio? —musitó con esfuerzo.

—Aunque te parezca increíble, ésa es la verdad.

—¿No te parece una actitud demasiado noble para ti, Kent? ¿No es una actitud demasiado digna para un violador repugnante como Kent Latimer?

Ahora fue él quien apretó los labios, evitando mirarla.

—Yo no soy Kent Latimer —susurró—. Mejor dicho, no soy el que tú piensas.

La sorpresa dejó paralizada a la mujer. Se notó el ritmo irregular y jadeante de su respiración a pesar de la distancia que les separaba.

—¿No es Kent Latimer tu verdadero nombre? —susurró.

—Sí. Lo es.

—¿Y no eres un repugnante violador de mujeres, reclamado por la justicia?

—Lo era mi hermano. Mi hermano Sidney siguió un camino completamente al margen de la ley, hasta que le balearon hace dos semanas. Pero por sus fechorías no había usado jamás su nombre, sino el mío. Precisamente al ir a reclamar su cadáver fue cuando me enteré de que era yo el que estaba reclamado. Para evitar confusiones que hubieran podido enviarme a la horca, no me quedó más remedio que huir a uña de caballo. Fue entonces cuando tomé la firme decisión de rehabilitar mi nombre… y eliminar a la banda de mi hermano, que aún seguía existiendo, por desgracia, y la cual tenía que encontrarse por estas zonas.

—Pero no lo entiendo… He oído decir que hay otra mujer en la ciudad a la cual tú violaste y que te reconoció.

—Creyó reconocerme… En realidad, mi hermano y yo éramos extraordinariamente parecidos, y además habían transcurrido algunos años.

—¿Pensabas hacerte pasar por él y… eliminar a la banda?

—Ésa era mi intención.

—¿Entonces, por eso fingiste atacarme a mí aquella noche, en el rancho? ¿Para que yo diera la voz de alarma y la banda supiese que estabas en las cercanías?

—Así es. Esperaba que eso facilitara las cosas, haciendo que se reuniesen conmigo. Pero te juro que no te hubiera ocurrido nada, Irma. Fue todo, una comedia.

Hundió un poco más la cabeza y, silenciosamente, sin una palabra más, se puso a cubrir con tierra la sepultura. Trabajaba de una manera eficaz, lúgubre y rápida. No se dio cuenta de que el niño y la mujer rezaban. No se dio cuenta tampoco de que los ojos de Irma se habían humanizado, de que latía en ellos una luz nueva y distinta.

De pronto, cuando ya la sepultura estaba cubierta de nuevo, dejó caer la pala, como si le faltaran las fuerzas y susurró:

—Ahora debo irme.

—¿Por qué? —musitó Irma—. ¿No te das cuenta de que… de que Henry y yo… te debemos mucho y hemos… empezado a apreciarte ya?

—Es que os falta saber algo —dijo él con voz ronca.

—¿Qué… es lo que nos falta saber?

—Que yo maté a tu marido… Tuve que matarlo con esos otros dos, para defenderme porque no querían escuchar razones, pero… ¡pero yo soy responsable de su muerte! Y yo debo pagar…

Se volvió de espaldas, mientras dejaba caer su revólver sobre la tierra recién removida.

El pequeño Henry tuvo un estertor al verle alejarse.

—¿Adónde vas? —gimió—. ¿Adónde vas…?

Kent dijo con un soplo de voz:

—Tengo una cita con un tipo llamado Charlie…

EPÍLOGO

Charlie estaba en el West, el saloon más importante de la ciudad, cuando él entró. A pesar de la hora, había hecho colocar a un músico delante del piano y tenía a una bailarina sobre las rodillas. La hacía marcar el compás, mientras le daba sonoros golpes en los muslos, entre estentóreas risotadas.

—¡Más fuerte, nena! ¡Así! ¡Levanta las piernas!

Kent entró en el local, empujando suavemente los batientes con el pecho; se acodó en la barra y bebió directamente de una botella de *whisky* que estaba a su alcance. Era la botella de Charlie.

Pero Charlie no le vio.

Estaba muy interesado averiguando lo que iba a pasar cuando la chica levantase las piernas.

Hasta que Kent dijo suavemente:

—Basta.

Charlie movió las rodillas y dejó caer a la chica al suelo. El del piano calló. Los cuatro o cinco clientes que a aquella hora había en el saloon se largaron a un rincón, buscando sitios más seguros.

Charlie musitó:

—A ti te conozco, muñeco.

—Soy Kent Latimer.

—¿Kent Latimer? ¿Tú qué vas a serlo?

—Es que el que usaba mi nombre era Sidney. Mi hermano Sidney. Y tú sabías eso.

Charlie se puso lentamente en pie. Su impresionante musculatura, su estatura de gigante, parecieron llenar materialmente el lujoso saloon.

—Sidney murió —dijo lentamente—. Acabo de saberlo. ¿Qué pintas tú en todo esto?

—Yo liquidé a tus amigos anoche.

Por un momento pareció como si Charlie no le creyera, e incluso se le cortó bruscamente la respiración. Pero, poco a poco, al mirar al recién llegado la idea se le fue afincando en la mente. Y es que aquel tipo tenía todas las características del pistolero nato, de matador de hombres, aunque ahora no llevase revólver: funda baja, manos grandes y siempre en posición de descanso, flexibilidad, ojos penetrantes, duros y crueles. Tenía que ser él, además, el autor de la carnicería, porque la noticia aún no se había divulgado y sólo su protagonista podía conocerla.

Rechinó los dientes.

—¿A qué has venido? —dijo—. ¿Por qué no me has denunciado al *sheriff*?

—Porque al *sheriff* tengo que empezar por darle muchas explicaciones yo mismo, aunque las cosas se resolverán casi solas cuando los testigos que te han escuchado repitan lo que tú has dicho sobre mí y mi hermano Sidney. Por eso no he querido ir directamente a él. Pero hay otra razón.

—¿Cuál?

—Quiero que pruebes mis puños, Charlie, no los puños de la ley.

Charlie, ante la inesperada proposición, lanzó una brutal carcajada. Era la primera vez que alguien le pedía entendérselas a golpes con él. La primera vez que un corderillo le pedía voluntariamente que le deshiciera a puñetazos.

Kent también se daba cuenta de eso. Sabía que iba a morir, y buscaba aquella muerte tranquilamente. Era su precio por haber matado al padre de Henry, era lo que tenía que pagar por haber eliminado a un hombre que todavía era necesario en el mundo.

Avanzó lentamente hacia Charlie.

Sabía que iba a ser su última pelea, y lo aceptaba. Sabía que no saldría vivo del saloon y estaba conforme con ello.

Charlie gritó:

—¡Muy bien, muñeco! ¡Tú lo has querido!

Dio un salto y atacó primero. Kent ya sabía que era ágil, pero no suponía que lo fuera tanto. Nadie tan sorprendido como él cuando vio a Charlie a dos pasos, a la distancia ideal para un golpe. Bruscamente sintió un dolor terrible en un pómulo, se vio elevado por los aires y aterrizó sobre la barra, llevándose por delante la

botella de *whisky*.

Charlie no le dejó respirar.

Le sujetó por las piernas y le hizo dar dos vueltas completas, lanzándolo contra una de las paredes del fondo. Kent rompió dos sillas con la espalda y tuvo la sensación de que se le partían todos sus huesos. Él no era un alfeñique, ni mucho menos, y había abatido a muchos hombres con la fuerza endiablada de sus puños. Pero Charlie jugaba con él como un pelele, como un muñeco.

Se puso en pie pesadamente. El saber que iba a morir le daba fuerzas. Ahora ya había cumplido la misión que le trajo a aquel territorio y lo único que le quedaba por hacer era morir dignamente.

Charlie rió.

Tenía una risa lenta y áspera, que llegaba hasta el fondo de los nervios.

El dueño del saloon gritó:

—Más vale que lo mates de un tiro… ¡No lo atormentes así!

Pero ya Charlie volvía a estar junto a su víctima. Descargó ambos puños a la vez y arrancó casi simultáneamente las dos cejas de Kent. Éste no pudo evitar un doble gemido. Sintió que la sangre saltaba a sus ojos, dejándole ciego.

Pero aquello no era más que el principio.

Charlie se dio cuenta de que acababa de dar un golpe afortunado, al cegar a su adversario, y quiso aprovecharlo. Lanzó un corto al estómago e hizo doblarse a Kent. Luego envió su puño derecho como una catapulta contra la mandíbula de su enemigo, lanzándolo de nuevo contra la pared del fondo, donde hizo astillas los cristales de una ventana.

La chica que estaba antes en las rodillas de Charlie, gritó:

—¡No le deshagas a golpes! ¡Pégale un tiro de una vez!

Kent se puso en pie de nuevo cuando ya parecía derrotado para siempre. Se restañó la sangre que inundaba sus ojos y se dispuso para el combate nuevamente.

Charlie susurró:

—Pues quiere que la cosa dure el muy imbécil…

Kent, con un vigor que ya pocos esperaban, consiguió frenar el primer golpe, pero no pudo frenar el segundo. La brecha junto a sus ojos se hizo más sangrienta. Dos golpes demoledores a las costillas

le dejaron sin respiración.

Charlie dijo, mirando a los aterrados espectadores:

—Los últimos golpes son siempre artísticos, son de fantasía. Le voy a eliminar de tres impactos.

Golpeó primero al hígado de Kent. Éste se dobló.

—¡Uno!

Le dio un golpe tras el pabellón de la oreja, haciendo que Kent se doblara más aún y le presentase la nuca.

—¡Dos!

Ahora Kent estaba como un, cordero ante el sacrificio. Iba a caer, sus rodillas no le sostenían. Pero tenía la nuca a disposición de los puños de Charlie, quien los había enlazado para el impacto decisivo.

Tenía que ser un golpe definitivo por fuerza. Nadie resistiría aquel ataque a un punto vital. Pero la misma debilidad de Kent hizo que cayera antes de tiempo. Los dos puños de Charlie, enlazados, apenas le rozaron.

—¡Tres!

Rabioso por el fallo, Charlie le propinó un puntapié y lo envió rodando contra la barra.

Fue entonces cuando un niño rubio entró en el local. Un niño de cuatro años, lloroso, jadeante.

Se lanzó contra las piernas del gigante y chilló:

—¡No le pegue! ¡Déjelo! ¡No le pegueee…!

Cualquiera se hubiese conmovido ante aquel niño que pedía piedad para un caído, pero lo único que sintió Charlie fue algo muy parecido al fastidio. Propinó un brutal golpe al pequeño y lo envió contra la barra con las facciones bañadas en sangre.

Luego avanzó hacia él.

—Ahora te arrancaré el cuello de un solo tirón… Va a ser muy divertido.

El pequeño Henry ni siquiera gimió. Vio horrorizado cómo se tendían hacia él aquellas manos gigantescas.

Y entonces sonó la voz:

—Si le tocas, te desharé, Charlie.

Charlie volvió la cabeza, asombrado de que a su enemigo aún le quedase voz. Y fue entonces cuando vio que algo había cambiado en el rostro de Kent. Bajo la sangre brillaban dos puntos grises y

crueles que eran sus ojos.

Aquélla era una mirada de lobo, una mirada de lobo hambriento, pero Charlie no lo notó.

—Es muy sencillo… —dijo lentamente—. Le arrancaré el cuello ante sus ojos. Tú mismo lo verás…

—¡No lo toques!

Ahora Charlie se volvió completamente, sorprendido del todo ante el vigor de la voz de su enemigo.

Kent se había alzado de nuevo. Hasta aquel momento había sido un hombre resignado a morir por tener la sensación de que merecía la muerte, pero ahora no era más que una fiera deseosa de matar. Su pierna derecha se alzó en un movimiento furibundo y la puntera de la bota se clavó en el mentón de Charlie. Éste cayó hacia atrás, lanzando un gruñido de dolor.

Kent no le dio respiro, como antes no se lo habían dado a él.

Con los dos puños golpeó las costillas del gigante, cortándole la respiración. Luego, con el canto de la mano, le propinó un terrible golpe bajo la nuez de Adán, capaz de haber matado a cualquier otro hombre y que en Charlie sólo produjo el efecto de dejarlo lívido.

Quiso reaccionar, pero le ocurría lo que a todos los combatientes pesados: Primero necesitaba recobrar el ritmo de su respiración. Sin ella sentía que se ahogaba. Intentó cubrirse y entonces Kent le golpeó tras el pabellón de la oreja. Charlie vaciló. Kent lanzó un estertor al reunir todas sus fuerzas. De dos terribles impactos a las orejas le dejó ciego también, mientras los espectadores, entusiasmados, aplaudían.

—¡Destrózale ya!

—¡A la nuca! ¡A la nuca!

—¡Liquídalo!

Charlie, al vacilar, fue a sacar el revólver, pero Kent se lo envió por los aires de un nuevo puntapié. Sin embargo, no pudo impedir que su enemigo tomara una silla para aplastársela por la cabeza. Logró ladearse en el último segundo, y la silla se hizo añicos contra la barra.

Henry, asombrado, aturdido, contemplaba con los ojos muy abiertos aquella salvaje pelea.

Después de su golpe, Charlie quedó a contrapié durante varios segundos. Kent le golpeó el hígado. Sabía que su enemigo iba a

tardar en recuperarse de aquel impacto. Saltó hacia atrás cuando Charlie, a ciegas, lanzó un cruzado a su mandíbula.

Pero al saltar, cayó sobre una silla derribada, dando una vuelta completa. Charlie vino aullando sobre él. Kent flexionó las piernas y le ayudó en el impulso para que saliera volando de un lado a otro del saloon. La cabeza del gigante fue a estrellarse contra las tablas de una pared, mientras los espectadores volvían a aullar:

—¡Ya es tuyo!

—¡Dale!

Charlie se levantó, sin embargo, pero aún no había recobrado el ritmo de su respiración. Por el contrario, sus pulmones le picaban, y una progresiva debilidad se adueñaba de sus rodillas. Notó que su enemigo descansaba, en vez de lanzarse sobre él. Quiso aprovechar la ocasión.

Bamboleándose, fue al encuentro de Kent. Éste sabía ya que su muerte significaría también la muerte de Henry, y por eso estaba decidido a matar, aunque en ello tuviera que dejarse hasta la última tira de piel. Pero comprendía también que la pelea había de terminar pronto o no terminaría nunca.

Si Charlie se recuperaba estaría todo perdido. Debía acabar con él precisamente ahora… ¡AHORA!

Lanzó otro golpe a la parte anterior del cuello. La respiración de Charlie, que ya era débil, volvió a cortarse por completo. Los espectadores gritaron:

—¡Uno!

Encogiéndose, Charlie trató de dominar sus náuseas. Kent le golpeó tras la oreja, para hacerle encogerse más. Un coro frenético de voces gritó nuevamente:

—¡Dos!

Kent alzó los puños en un golpe que había de ser decisivo.

—¡TRES!

El impacto a la nuca fue espantoso y produjo un chasquido que pareció repercutir hasta en las paredes del saloon. Charlie no cayó al principio, pero sus miembros quedaron instantáneamente rígidos. Fue como una torre que se derrumbara lentamente, un edificio cuyos cimientos fallan. Cayó poco a poco y todos supieron que no volvería a levantarse más. Principalmente lo supo Kent, aunque era la segunda vez que sus puños mataban a un hombre.

Temblando aún, vacilando, tomó de la mano al pequeño Henry.

—Vamos, pequeño.

En la puerta, junto a los batientes, aguardaba Irma. Irma, que temblaba y tenía los ojos llorosos.

—He visto cómo salvabas a mí hijo, Kent.

Le puso en las manos las riendas de un caballo que parecían haber traído sólo para él. Kent lo miró atónito.

—El pequeño Henry te necesita, Kent. Te necesitamos todos…

Kent montó.

Nunca un hombre se había sentido tan agradecido, tan confuso y al mismo tiempo tan lleno de esperanza.

A lo lejos, entre las colinas, cuando dejaron la ciudad atrás, se oyó aullar al perro nuevamente.

FIN